

Capítulo XI

LA EXIGENCIA DE RENDICIÓN DE CUENTAS POR CROMAÑÓN

LA PROMESA DE RESTAURAR LA PÉRDIDA: LO SAGRADO

*Todos nuestros hijos van a poder comer y en nuestras
almas va a dejar de llover*

A despecho de las prohibiciones contravencionales, tras el horror de Cromañón, el agujero de la muerte hizo que, poco a poco, las vallas policiales que impedían el paso hacia el edificio de la antigua discoteca fueran convirtiéndose en un improvisado monumento viviente llamado el *santuario* donde, desde el comienzo, vecinos de la ciudad dejaron flores y mensajes, rezaron y rindieron homenajes. Allí continuaron muchos sobrevivientes, amigos y familiares haciendo *vigilias* colectivas en un interminable e imposible duelo que se perpetuó en diversos lugares y momentos. El *santuario* se instaló frente a las puertas del lugar donde estaba el local, en un territorio que los jóvenes fueron construyendo y que consideran propio y público al mismo tiempo.

El *santuario* poblado por mochilas, remeras, discos, oraciones, cartas, fotos y velas se asemejó, durante muchos meses, a una pública habitación de adolescente. Un año después, el lugar tenía un aspecto que hacía pensar también en una especie de cementerio, un espacio donde se intenta elaborar colectivamente un imposible duelo. Allí muchos jó-

venes pasan horas; es difícil acercarse y hablar con ellos. Se quedan ahí pues ese es su lugar; pues allí, afirman, se reunían a escuchar su música. Las personas entrevistadas tienen una visión coincidente: ven a ese territorio como un espacio propio para la música alternativa. El lugar se trocó en un significante que fusiona varios significados centrales en la construcción de subjetividades. Por un lado es *la casa*, el lugar propio que abriga frente al desamparo de una ciudad que los ignora. Por otro es un espacio *sagrado*. Tanto el nombre dado al territorio: *santuario*, como el modo en que son nombrados los muertos: “angelitos”, “ángeles que nos miran desde el cielo”, así como las *vigilias*, conforman una geografía de tristeza y orfandad que mira hacia lo trascendente como su única esperanza. “Acá ya no va a haber justicia, pero cuando llegue el día en el cielo los van a juzgar” (madre de un joven muerto, marcha del 30 de mayo de 2005). El *hogar* y lo *sagrado* ofrecen ese espacio de abrigo y anhelo frente a las carencias que reenvían a la primaria indefensión de todo ser humano, y que la sociedad actual no permite procesar, sino que profundiza. Si la casa es como el vientre materno que abriga, su valor se potencia en tanto toma el cariz de lo sagrado. Ese es un lugar donde transitar el imposible duelo.

Pero el *santuario* fue también el lugar en el que se inició, de modo espontáneo, una nueva forma de exigencia de rendición de cuentas. En ella permanece algo de la matriz de interpelación ideológica construida a partir del caso Blumberg, más allá de las diferencias entre los dos procesos e independientemente de las voluntades individuales. No obstante, los grupos de personas que participan de ceremonias en el lugar no tienen ni una percepción, ni unas prácticas homogéneas. Nadie logró conformarse en líder de una unidad monolítica. Los grupos exigieron y exigen con unidad y diferencias.

Muchos de los *rituales* que intentan tramitar el duelo remiten a algo que está más allá de la sangre y de la carne, a lo *sagrado* que trasciende a lo que se corrompe. El *santuario* se ha transformado en el punto de partida de marchas, pero también en el lugar donde se organizan ceremonias religiosas que reúnen a representantes de diversos cultos. Las marchas organizadas por Blumberg también tomaron una dimensión sagrada, pero no lograron construir una *casa* colectiva y propia al mismo tiempo, tampoco posibilitaron una diversidad en la forma de desarrollar los rituales de exigencia de rendición de cuentas. Los familiares y sobrevivientes de Cromañón, sí. No todos participan del ritual religioso; lo respetan, pero se unen a las demostraciones sin intervenir en él.

Los días 30 de cada mes, al recordarse el estrago, se realizan ceremonias interreligiosas en el *santuario*; allí se concentra la marcha que luego parte a la Plaza de Mayo. Lo viejo es la manifestación callejera

hasta llegar a la histórica plaza de los reclamos, lo nuevo es el carácter religioso o sagrado que adquieren tanto el lugar de concentración como el modo en que se desarrolla la manifestación. Muchos familiares y sobrevivientes jamás han participado de una de ellas, otros evitan su carácter religioso. Sin embargo, la sacralidad es un sentido que se construye y va más allá de los afectados, y se extiende a buena parte de la sociedad.

El *santuario*, al mismo tiempo que ostenta su carácter trascendente, es como un emblema de la ciudad *guetificada*: hacia el norte del lugar, paulatinamente la geografía se hace cada vez más bella y suntuosa, hacia el sur, nos internamos en uno de los espacios más abandonados de la urbe.

El espacio público posibilita –sin embargo– construir algo nuevo. Cuando se transita ese lugar junto a personas de todas las edades, se experimenta la sensación de que allí se tramita un lento y simbólico ritual fúnebre que no termina de celebrarse. Tal vez porque la sociedad estallada no puede contenerse a sí misma. “El dolor es tan grande que no hay posibilidad de pensar en el futuro”, me decía una señora de 56 años, familiar de una víctima, en la marcha del 30 de diciembre de 2005.

La sacralidad del lugar y el carácter del ritual fueron alimentados por diversos grupos religiosos, en particular la Iglesia Católica, que tomó desde el primer día un papel protagónico, e insistiría sin cesar en su campaña alrededor del desdichado hecho. Los más altos dignatarios de la iglesia han mencionado el tema en todas las fechas significativas para los católicos. En una de las misas que habitualmente se celebran en conmemoración del hecho, uno de los obispos más importantes de Argentina se refirió a algunos legisladores porteños –aquellos que aún no habían definido su voto por la suspensión del jefe de Gobierno comunal Aníbal Ibarra– como “mercenarios de la política que privilegian intereses personales”. El escudo protector de la sacralidad permitía a los sectores eclesiásticos participar en una estrategia política. El 11 de diciembre de 2005, el obispo afirmaría que “la verdad, la paz y la justicia están exiliadas de la Argentina”. Y exigió: “Necesitamos que vuelvan”. Estas palabras, semejantes a las pronunciadas en marchas organizadas por Blumberg, interpelaban a judicializar el Estado. El 30 de diciembre de ese año se realizó una gran marcha que caminó desde la Plaza de Mayo hacia el *santuario*; las palabras de representantes de diversos credos religiosos pidieron a “Dios que esté presente” en busca de paz, consuelo, ternura y esperanza. Pero también oraron por seguir buscando “verdad y justicia” pues “las palabras no bastan para la denuncia”, afirmó una pastora. Esta también interpeló a recuperar la palabra y la memoria para no cejar en “la denuncia de quienes callan y encubren”, pues sostuvo que “este país tiene demasiadas marcas de muerte y de dolor”. La expresión “resistiremos”, coreada por muchos jóvenes, fue

traducida explícitamente como un canto de esperanza en la luz de Dios, pues –según afirmó la religiosa– sólo Él es verdad y justicia.

Pero más allá de la presencia de representantes de diversos credos, en las marchas se vive un clima de religiosidad popular que excede a cualquier creencia formal. Muchos de los carteles, remeras y cánticos aluden a lo sagrado. “Veo, veo veo veo, esto para los chicos que nos miran desde el cielo” es una de las estrofas más coreadas por murgas, “familias *rockeras*”, grupos barriales y clubes de fútbol.

No obstante, de modo creciente ellas conviven con otras. “Ay, ay, ay, ay, si no hay justicia la que se va a armar”. El acontecimiento desborda, la promesa de la justicia divina no parece alcanzar a contener a estos jóvenes.

EL NÚCLEO HERIDO: LA FAMILIA

Nuestros chicos, callejeros, esos son hijos del pueblo

El motor del proceso de exigencia de rendición de cuentas fue la *familia*. La interpelación al Estado no surgió desde el lugar de ciudadano o colectivo social de protesta.

Pero, en este proceso la “familia” adquiere significados que no son los tradicionales. Entre muchos adolescentes y jóvenes, Chabán, el gerente-dueño, era percibido –en especial en los primeros tiempos luego de la masacre– como una especie de *amigo* o *familiar* que los traicionó. Del mismo modo que en toda relación familiar, aparece aquí un vínculo ambivalente. No es posible aventurar la hipótesis de que Cromañón presentificó el “hambre de padre” que se describía al hablar del caso Blumberg. No obstante, y a pesar de la diversidad respecto de ese proceso, lo que debiese ser una relación empresa-asalariados-usuarios se transforma en una viscosa relación interpersonal, mezcla de familia y grupo de amigos. Un hecho que puede ser una falta contra ley se troca, para muchos jóvenes, en un conflicto interpersonal difícil de elaborar. Lo que es una relación jurídica se decodifica en términos de moral. De la empresa fantasma, presunta dueña del lugar, los entrevistados no registran nada; sus palabras y miradas se centran en dos figuras: Chabán e Ibarra. La conducta del primero, para muchos seguidores del rock, es una especie de traición.

M. 35 años: Él [Chabán] cuando abrió este lugar, Cromañón, la frase que decía todo el tiempo era: “Le robamos el espacio a la cumbia para que el rock pueda seguir existiendo”. O sea, que más allá que pueda tener arreglos malos con los músicos –les pagaba mal, siempre se estaban peleando por cuánto les

pagaba, cuánto no les pagaba— obviamente el tipo era un *canuto* [tacaño]; pero era el único que mantuvo abiertos lugares de rock [...] cuando todos los otros lugares iban cerrando, ¿no? Y ahí tocan todos los grupos que siguen los negros [forma despectiva de referirse a personas pobres] [...] Todos los grupos de *heavy metal* tocan en lugares de Chabán [...] o sea que era un tipo como que tenía una relación de amor-odio con los grupos de rock más populares y de más reviente [palabra ambigua que en algunas narraciones alude a algo del orden de la desmesura, en otros se refiere a las actividades *underground* o a la vida de la noche], porque en los lugares de Chabán había por ejemplo una cosa que la llamaban los “festipunk”, que eran festivales *punk* y los pibes rompían todo, estaban borrachos, y las veces que cerraron Cemento [otro local que perteneció al mismo dueño] por presión de los vecinos todos los grupos tocaron gratis en las plazas pidiendo “reabran Cemento” (periodista especializada en temas de rock).

Los jóvenes que transitaban el lugar tienen a la música como uno de los únicos refugios donde proyectar sueños. Siguen a grupos alternativos como Callejeros que manifiestan su rechazo a lo dado a través de la poesía, de modo tal que la rebeldía por momentos semeja una huída hacia el interior. Así, en una publicación ligada al mundo del rock, la nota editorial culmina con una cita que dice: “La rebelión consiste en mirar una rosa hasta pulverizarse” (*El Biombo*, 2004-2005: 4).

En esta clave, si el *santuario* es como la casa, Chabán es como *el familiar* con el que hay unas relaciones ambivalentes, y los Callejeros son *los hermanos* que deben ser defendidos de las manipulaciones de ese mundo-otro que no los comprende ni les da un lugar. Otra vez surge —aunque de modo radicalmente diverso al de Blumberg— un fenómeno social que trasciende a los dos acontecimientos. El valor de la familia, el hambre de familia, la necesidad de tener un núcleo de pertenencia.

En este punto, es muy sugerente saber que los grupos como Callejeros que tocaban en Cromañón y muchos de sus seguidores forman lo que se autodenominan “familias”. En el mundo rockero, una *familia* puede estar integrada por un grupo biológico (padres muy jóvenes y sus niños), pero además ella se compone de amigos del barrio que comparten iguales gustos musicales. Las *familias* son grupos muy unidos que se organizan para ir a los recitales, que son los lugares en los que se sienten como “en casa”. La relación incluye entre estos grupos el cuidado mutuo. Así lo narra uno de los miembros de la popular banda La Renga: “Desde la entrada hasta que salga el último pibe del estadio es responsabilidad nuestra” (*El Biombo*, 2004-2005: 7). En las marchas

por Cromañón pueden leerse pancartas en las que luego del nombre de una víctima hay frases como: “Tu pérdida es grande, pero tu sonrisa nos acompaña. Tu ‘familia’ y amigos”. La palabra “familia” colocada entre comillas indica que no es la familia biológica, sino la *rockera*. De un extraño modo, por momentos las manifestaciones callejeras parecen perder todo carácter “confrontativo” o demostrativo a las autoridades, y transformarse en un duelo público y colectivo, en el que las “familias” acompañan a sus muertos en el cuidado final.

Lo extraño –afirmaba una periodista entrevistada– es que las diversas familias son cada vez más parecidas entre sí, y al mismo tiempo se enfrentan con mayor virulencia. La joven anteriormente mencionada afirmaba ser una persona acostumbrada a transitar por recitales, pero al mismo tiempo aseveraba que en los últimos años había empezado a tener miedo por la desmesura que a veces emergía. Esa virulencia se expresa en algunos cánticos y expresiones callejeras; en las marchas por Cromañón, está destinada a los políticos y al Poder Judicial, que es percibido como impartiendo una justicia de clase.

Sería vano y poco feliz reducir la violencia a los jóvenes y a estas nuevas *familias*. Hemos visto cómo la (des)pacificación social atraviesa a Argentina, y en particular a Buenos Aires. La violencia intervincular, especialmente la doméstica, es una de sus tres dimensiones, derivada de la violencia estructural del desempleo y de la represión intermitente del Estado. Ella se constituye –como hemos visto– en capas arqueológicas de la memoria, cuyo núcleo es el terror que rompe lazos libidinales, produce ensimismamiento y con ello el refugio en el imaginario grupo de los iguales, en la mítica comunidad que salva del desamparo. Ese parece ser el rol de las *familias* del mundo del rock, así como el de la familia biológica cuando esta logra contener a sus miembros. La empresa y el Estado, en su arbitrariedad, han herido ese núcleo, por eso la virulencia contra ellos es fuerte. No se trata de una violencia organizada, ni siquiera premeditada. Surge de una subjetividad que tiene pocos lazos con el pasado y no puede pensar el futuro, que carece de espacios que la contengan y le posibiliten procesar los duelos que supone el crecer. El espacio-tiempo que caracterizaba a la historia de vida en el pasado ha sido abolido, la subjetividad ha recaído en la inmediatez. Este lugar de lo efímero se agudiza en la exigencia de rehacerse constantemente para existir. La subjetividad enerva así su condición trágica que, según analizamos, radica en la esencial extrañeza de sí. Veamos en el primer capítulo que el sujeto se abre al mundo en una condición trágica que surge del hecho de estar en una posición que no ha elegido y en ser, al mismo tiempo, responsable por ella. Esa condición puede tener mejores o peores resoluciones a lo largo de la historia. En estos tiempos y por estos lugares, la angustia de la finitud y su condición se tornan,

para muchos jóvenes, muy difíciles de procesar, pues las condiciones estructurales les han construido una encerrona trágica: se les muestra un mundo y no pueden acceder a él; se les exige estudiar y al mismo tiempo se banaliza ese acto; se los dice que respeten las leyes y por todos lados las ven violadas; se les insta a trabajar y a la vez todo lo que los rodea les indica que, o bien no es posible conseguir empleo, o bien si se accede a él no son muchas las recompensas; se les habla de ética y en todas partes se la viola. Lo trágico de la sociedad actual profundiza aún más esa característica de la condición humana. Conduce al sinsentido, donde la violencia es sólo una expresión de la angustia gestada por esa condición que no se puede elaborar.

En ese contexto, la *familia* parece ser un albergue contra la inmediatez que todo lo arrebatada, y contra la angustia que la atraviesa. Pero en un mundo casi sin opciones, la forma de constituirse como sujeto grupal se logra, al menos parcialmente, por diferenciación de los otros –aun cuando no existan diferencias objetivas. De ese modo, la violencia entre *familias* es un modo de darse el ser a sí mismas.

Algunas de las *familias* o varios de sus miembros persistieron haciendo *vigilias* en el *santuario* –junto a amigos y familiares biológicos de las víctimas. En los primeros meses, tenían poca predisposición a abrirse al diálogo con los que no pertenecen al grupo. La periodista entrevistada pudo acercarse y dialogar con ellos porque es conocida por algunos de los que pueblan el *santuario*, y porque fue acompañada por dos muchachos que tienen “una estética parecida” a la de los que allí pasan horas. En mi experiencia, tanto en las marchas de Blumberg como en las de Cromañón, muchas personas se negaron a ser entrevistadas. La desconfianza o la angustia o el desgano se leían en sus ojos, aunque por razones diversas. Varios grupos me contestaban que si quería dialogar debía dirigirme a uno de ellos, que era quien decidía. Se trata del recelo hacia los extraños, en muchos casos provocado por haber vivido sintiéndose diferente, rechazado. Esta desconfianza es considerada por el BM, según vimos, un instrumento valioso para desarrollar la estrategia de exigencia de rendición de cuentas, dado que construye una virulencia que puede ser canalizada.

Pero más allá de la cultura del rock, lo cierto es que el lugar visible de interpelación al Estado lo tomaron decididamente los familiares biológicos de las víctimas. Tanto varones como mujeres, si bien las caras más notorias fueron las de algunos varones. Ellos conforman grupos diversos que durante varios meses se opusieron entre sí, hasta que seis meses después lograron elaborar un comunicado conjunto, lo cual no evitó que persistieran diferencias, pero gestó modos nuevos de actuar y pensar en colectivo. Del mismo modo que los muchachos, muchos padres temen hablar, desconfían. El terror y la rabia los atraviesa. Ellos

son la cara misma de la sociedad argentina estallada en pedazos por la angustia. Pero también muchos de ellos encarnan la voluntad de construir una relación que supere el desamparo.

LOS RITUALES DE CONSTRUCCIÓN COLECTIVA DE SUBJETIVIDAD

*Que no se quede mi pueblo dormido, que no me
engañen más, ni jueguen conmigo*

Las “familias” que siguen a diversos grupos de rock asumen –o asu-
mían– a las *bengalas* como parte de una fiesta que –según narran los
conocedores– conforma una especie de ritual ineludible, que es reivin-
dicado (aunque ya no practicado) aun en el duelo colectivo y callejero
en las *vigilias* en el *santuario*.

M. 35 años: La otra cosa que me impresionó es que en el *san-
tuario* todos los pibes decían: “Que vuelvan a tocar los Calle-
jeros es lo único que nos importa porque ahí somos felices”.
“Estamos bien y vamos a seguir prendiendo las bengalas”.

E.: ¿Y eso en el lugar de la masacre?

M.: Sí. Ahí lo decían, pero era como... bueno, lo de los Calle-
jeros era como decir no nos quiten lo que teníamos que era
como un lugar donde estábamos bien y lo de las bengalas era
medio como... no como una provocación, pero era como...
esta ceremonia es así, esta ceremonia tiene bengalas, y bueno,
es así (periodista especializada en rock).

Los jóvenes entrevistados sostienen que *la bengala* es parte de todos los
rituales del rock. Su brillo fugaz genera una especie de alegría colectiva;
ella parece ser una metáfora de la recaída en la inmediatez de la subjeti-
vidad. La efímera luz del fuego de artificio parece semejar la fragilidad
de los vínculos y de las posibilidades de experimentar algo semejante a
la felicidad, en medio de una perenne contingencia que obstaculiza la
construcción de un proyecto de vida.

El *pogo* es otro ritual juvenil del mundo del rock. En los recitales,
en la zona más cercana al escenario, comienza a formarse un grupo que
salta y baila. Los movimientos del colectivo no son totalmente azarosos,
sino que componen una coreografía en la que la conciencia individual
parece perderse y fusionarse en un grupo efímero. Los saltos aumentan
de intensidad y en algunos casos llegan a los empujones y hasta a los
golpes –decía una adolescente de 16 años entrevistada. En ellos –afir-
maba otra– algunos jóvenes llegan a perder la conciencia, se desmayan
por el exceso de esfuerzo físico, a veces mezclado con alcohol y pastillas.

Muchas “bandas” (grupos musicales) tienen ya organizada la *seguridad* para el *pogo*, de modo que al costado del grupo que salta hay otro que se ocupa de trasladar a los que caen, llevarlos a otro lugar y reanimarlos hasta que pueden volver. La ceremonia semeja de algún modo a los rituales orgiásticos, en los que la fusión en un cuerpo colectivo es el núcleo del ritual. Los grupos de *familias* cuidan a las chicas, tratan de que estas no participen en el *pogo*, que parece así un rito básicamente masculino. Esta es la *seguridad* de la que son responsables los grupos. Con esta cultura juvenil se ha jugado de modo ambiguo, pues es dudoso afirmar que esto sea asimilable a las obligaciones de seguridad que tiene un empresario. Los relatos acerca del *pogo* indican que este ritual se inicia en Inglaterra, en tiempos de Margaret Thatcher.

M. 35 años: El primer *pogo* se hace en un concierto de *punk*, que era como... un baile opuesto a lo de John Travolta, que supuestamente tiene como una especie de figuras bellas con el cuerpo; esto era como un romper del modo más violento, como algo... más del cuerpo que de las ideas. Y era romper los límites del espacio y chocarte con el otro, pero eso, digamos, cuando surge el *punk* en los setenta en Inglaterra era sobre todo decirle irónicamente a Margaret Thatcher: “No me vendas mentiras porque acá no hay futuro, nosotros los jóvenes quedamos afuera”. Pero acá [en Argentina] se convierte de repente en una cosa muy literal, o sea, deja de ser una consigna irónica, ¿no? Es como que no hay futuro en serio (periodista especializada en rock).

Según la misma persona, los conjuntos extranjeros suelen sorprenderse por el excesivo fervor de los jóvenes en Argentina. El ritual contiene un fenómeno de apariencia contradictoria: por un lado la participación en el *pogo* es alegría, por otro es dolor, pues llega a veces al desmayo. Visto desde fuera parece una mezcla anárquica, sin embargo es una “coreografía colectiva”, en la que hay personas que dirigen y se logra una especie de fusión grupal. En el *pogo*, se experimenta el cuerpo en una fusión colectiva que suspende las contingencias cotidianas. La descripción nos habla de una subjetividad colectiva que se constituye en la ausencia de límites espaciales y temporales, una especie de fugaz unión que salva, imaginariamente, del afuera hostil, del desamparo. Un tiempo fuera del tiempo en el que toda pena se ocluye en la fusión con otros, en la pérdida de la conciencia individual. En nuestra cultura, esa fusión es a la vez una pequeña muerte, en tanto el yo individual se pierde. Lo interesante es que esto ocurre en todos los sectores sociales y culturales. Un joven puede una noche participar en un *pogo* más o menos violento, y al día siguiente trabajar en una oficina o estudiar en un aula universitaria; de

ningún modo este ritual se localiza sólo entre los sectores más pobres. Otro ritual frecuente entre adolescentes que terminan su escuela media es organizar una fiesta de *fin de curso* –según relatos de varios adolescentes de 18 y 19 años– en la que desde varios días antes comienzan a beber alcohol y muchos de ellos no pueden llegar finalmente a la fiesta (algunos alcanzan un coma alcohólico).

Los relatos escuchados hacen pensar que tanto las *familias*, como los rituales de las *bengalas*, el *pogo* e incluso las *borracheras colectivas*, aun con la virulencia que han cobrado, así como las *marchas*, son verdaderas ceremonias de construcción de la propia subjetividad, en un momento y lugar que ofrece pocas oportunidades. No se trata de una identidad individual centrada en la idea de “carrera”, entendida como un trazado de vida lineal, con distintos momentos que es necesario atravesar. Estos rituales parecen construir una subjetividad que se forma en la ruptura de límites espaciales y temporales, y en la búsqueda de fusión con unos, a la par que en el enfrentamiento con otros. Esa fusión no habla de una identidad individual separada, sino existente sólo en el grupo y el enfrentamiento a la alteridad que le da un sentido a la existencia. La subjetividad no tiende en todos los casos –aunque sí en algunos– a la construcción de un colectivo más amplio. Algo que no he podido constatar es la duración de estos grupos. Las “pandillas” o “barras” de los años sesenta y setenta tendían a ser grupos duraderos. En los años ochenta y noventa los grupos adolescentes –espacios privilegiados de constitución de la nueva identidad– se fragilizaron y, correlativamente a ese fenómeno, creció la tendencia al suicidio, a las toxicomanías, pero también a la paternidad precoz. El hijo parece ser ese lugar en el mundo y esa única identidad que muchos adolescentes pueden experimentar como propia. Algo que aparece con fuerza en algunos relatos es el hecho de que la constitución de la propia subjetividad en un mundo hostil parece buscarse desde la más radical negatividad, incluso desde la muerte, que es el único acto que a veces da sentido a la propia existencia. Ello se relaciona con otra característica que muestran muchos adolescentes: en las entrevistas realizadas desde hace cuatro años a jóvenes en Buenos Aires se observa una fuerte desestructuración de las coordenadas espaciales y temporales construidas en dispositivos de la modernidad. Esto podría vincularse a una recaída en la inmediatez y a una poderosa dificultad de proyectarse. “El futuro es ahora” es una frase repetida. El proceso suele articularse con una fuerte disminución de la capacidad de abstracción y con el encierro en sí mismo o el propio grupo; en muchos casos, la muerte parece ser el único sentido de la vida, y entonces emerge la violencia contra sí y contra otros, aparentemente inmotivada. Sin embargo, esa violencia suele ser la expresión del más doloroso temple de ánimo de la condición humana: la angustia (Murillo, 2005).

Esta desestructuración, así como la fusión en el *pogo*, eran observables también en algunas marchas por la masacre, especialmente luego de conocida la noticia de la excarcelación de Chabán. Es como si la liberación del *hermano-empresario* que los traicionó hubiese agudizado la angustia, y esta, la violencia contra sí u otros. Precisamente, un grupo de sobrevivientes esa tarde improvisó *pogo* tras de mí (cuando les pedí permiso para grabarlos) y saltando reían y cantaban:

Y que el aborto sea legal y que no sea un pecado mortal, que no se quede mi pueblo dormido, que no me engañen más ni jueguen conmigo, ohh, ohh... al fin no va a haber más mentiras ni verdades cambiadas, no va a haber putas tan caras y el gobierno va a ser de una mujer, y no habrá juicio por fumarse y joder, y va a haber jueces cumpliendo la ley, todos nuestros hijos van a poder comer y en nuestras almas va a dejar de llover, Gardel va a cantar con los Beatles en la plaza del barrio, cómo les va a rugir el cemento con los Rolling Stones, al fin va a decir la verdad el que escribe en los diarios y van a dejar de rezarle a la televisión, el éxito será eterno, será eterna la flor, el ser humano, la verdad, ahhhh, ahhh.

Los significantes remiten efectivamente a un rechazo de lo dado que se funde con un ideal romántico en el que toda falta será cancelada y la plenitud comunitaria se logrará: “El éxito será eterno, será eterna la flor, el ser humano, la verdad”, “todos nuestros hijos van a poder comer”. La otredad que amenaza es precisamente aquí todo lo que Blumberg y sus seguidores perciben como correcto: la penalización del aborto, la persecución de la droga y la prostitución, expulsar a quienes cantan, alborotan y fuman en las plazas, mirar televisión. Sin embargo, hay un punto común entre estos jóvenes y los seguidores de Blumberg: el reproche a los jueces. No obstante, la condena está hecha desde posiciones diversas, y distintos tránsitos de vida y esperanzas.

Luego de cantar la letra antes citada se producía un diálogo grupal que es habitual en las marchas por Cromañón. Una joven gritaba: “Los chicos” y el resto saltaba y gritaba: “Presentes”; la joven respondía: “Ahora”, y el resto: “Y siempre”. Luego: “Se siente, se siente, los chicos están presentes”. Lo sugerente de esto es que se trata de las mismas consignas gritadas en las calles y actos políticos durante los años sesenta y setenta en Argentina cuando algún militante moría a manos de las fuerzas de seguridad, sólo que en vez de decir “los chicos” se mencionaba su nombre o se decía “los compañeros” y, en lugar de formarse una especie de *pogo*, el ritual transcurría en una ordenada, aunque muy bulliciosa formación. En ese atardecer difícil, precisamente cuando la marcha pasaba frente al Congreso de la Nación, el

grabador fusionaba sonidos del pasado y del presente colectivos con la esperanza de un utópico futuro. Finalmente, los cánticos culminaban con un “veo, veo, veo, esto es para los chicos que nos miran desde el cielo”. Estribillo que también modifica otro de la misma época, pero ahora en un sentido religioso, ya que la consigna finalizaba en otros tiempos con diatribas contra la autoridad o el sistema. En ese punto, la experiencia callejera rompe con el presente inmediato y logra articular, aunque de modo parcelario y disímil, con la memoria colectiva, y de algún modo posibilita una proyección hacia el futuro. Sus efectos son imposibles de evaluar e imprevisibles.

LA CULPA, EL DOLOR Y LAS RELACIONES POLÍTICAS

*La culpa, señora, la tienen esas mamás
y esos papás modernos*

El *santuario*, las *vigilias*, las *reuniones* y las *marchas*, donde se suelen desarrollar *pogos* improvisados, son lugares y momentos donde se están tramitando duelos.

El estrés postraumático es el cuadro clínico más frecuente entre quienes estuvieron aquella noche en Cromañón. Algunos lo expresan con trastornos de ansiedad [irritabilidad, insomnio, sensación de peligro inminente] y con síntomas de evasión [no quieren ir a lugares cerrados, temen a la oscuridad] y otros padecen imágenes intrusivas: se les cruzan escenas del incendio, escuchan gritos, sienten que pisan cuerpos [...]

Algunas de las marcas se repiten en casi todos los sobrevivientes y familiares: un fuerte sentimiento de bronca y de impotencia, en primer lugar. Y, luego, una gran sensación de soledad, desprotección y desconfianza, porque Cromañón desmoronó todas las referencias de seguridad [...] La “culpa del sobreviviente” es otro problema frecuente. “¿Por qué me salvé yo y él no? ¿Por qué no ayudé a más gente? ¿Cómo retomar mis cosas si otros murieron? Quizás alguno no pudo salir porque yo lo pisé”. Son culpas y cuestionamientos que aparecen mucho (psiquiatra que al frente del equipo del Hospital Alvear atiende a sobrevivientes).

En el proceso de duelo, la *culpa* es un elemento central. En los relatos de todos los entrevistados en las marchas por Cromañón aparece la palabra “culpa”. La vivencia del desamparo genera dificultad para leer políticamente el proceso, y se lo vincula a una falta moral.

M. 26 años: Yo estoy viva, pero estoy peor que los muertos.

E.: ¿Cómo están ustedes los chicos que...?

M.: Mal, muy mal porque nosotros tenemos que cargar con culpas, que sentimos porque las sentimos y si bien... o sea... yo personalmente estoy medicada [...] Intento hacer una vida normal, me cuesta muchísimo, no puedo estar en determinados lugares, no puedo hacer un montón de cosas que hacía normalmente, conscientemente, o sea [se escuchan gritos] yo todavía no sé por qué no me morí, no sé por qué no me morí ahí, no me morí ahí porque en realidad... o sea... mi vida sí quedó ahí eehh... [...] es una vida que es con una culpa, con un cargo de conciencia muy, muy... con un no saber quién soy, ni por qué estoy, ni cómo salí, porque hay cosas que... o sea... o sea... no lo sé, estuve mucho tiempo adentro... eehh qué sé yo [...] El estar vivo es más difícil que el haberse muerto (sobreviviente, relato obtenido en una marcha autoconvocada el 13 de mayo de 2005, al conocerse la inminente excacerlación de Chabán).

En todas las entrevistas callejeras aparece la palabra “culpa”, aunque en todos los casos *se hicieron preguntas eludiendo explícitamente cualquier término que remita a esa idea*. El significante surge, aunque tiene diversos destinatarios.

- *El propio sujeto que habla*. Esta afirmación es frecuente en los sobrevivientes. Así me decía un muchacho de 26 años: “Estoy muy mal porque nosotros tenemos que vivir con culpas”.
- *Otros, que pueden encarnarse en:*

- El gobierno, los inspectores, la policía y/o el dueño. Esta respuesta se mantuvo durante todo el año y es la más frecuente:

M. 20 años: Y... no sé, a mí me parece que la culpa la tiene el gobierno, los inspectores, o sea el dueño del lugar que fue un inconsciente, y los *managers* por también alquilar los lugares (Marcha, 30 de marzo de 2005).

- Los padres o madres descuidados. Esta aseveración también se ha mantenido, y es más frecuente entre personas de más de cuarenta años:

M. 60 años: La culpa, señora, la tienen esas mamás y esos papás modernos que no cuidan a sus hijos (Marcha, 30 de diciembre de 2005).

- Las víctimas, quienes son percibidas como personas descontroladas. Esto se registró en menor medida entre quienes asisten a las marchas, pero es frecuente fuera de ellas, aunque se plantea de modo indirecto:

V. 55 años: Bueno, yo creo que también la culpa es de estos pibes, actuaron sin conciencia alguna de lo que hacían y ahora se la toman con el gobierno... no entiendo... me da mucha pena, pero no entiendo (Marcha, 30 de diciembre de 2005).

- Los sobrevivientes. Esta afirmación era más frecuente en los primeros meses por parte de grupos de familiares de personas fallecidas, y luego no se registró más:

M. 35 años: Yo estoy muy mal, porque mi hijo se salvó, pero acá parece que sobrevivir es una culpa (Marcha, 30 de mayo de 2005).

- Los jueces “corruptos”. Esta percepción fue muy fuerte tras la liberación de Chabán; disminuyó levemente luego de que fue encarcelado nuevamente.

V.: La culpa de todo la tienen esos jueces corruptos (padre de un joven muerto, marcha del 30 de mayo de 2005).

- El presidente de la República, porque no tuvo suficiente “humanidad, debió acompañar a los deudos”, apreciación que se da en todas las edades y a lo largo del tiempo.

- La sociedad, que no le da espacios a la juventud. Esta afirmación proviene de algunos adolescentes y jóvenes.

- *Todos nosotros*: respuesta que aparece sólo en las marchas en las que participó mucho público no afectado directamente por la masacre. En algunos casos, al principio, se encontraba una respuesta que intentaba reflexionar acerca del comportamiento de *todos* como sociedad, pero también sólo era posible hacerlo desde el lugar de la culpabilización moral. En estos términos me hablaba un joven de 30 años en la marcha del 6 de enero de 2005: “La culpa es de todos nosotros, porque como sociedad hemos dejado que las normas se relajen y estas son las consecuencias”.

Estas páginas no intentan cancelar la responsabilidad moral de varios protagonistas. Sólo se busca comprender por qué razón a menudo la trama económica y política se oscurece tras la responsabilización moral de algunos individuos.

El psicoanálisis nos ha enseñado que la culpa es habitual en procesos de duelo. En ellos la culpa puede volverse sobre el sí mismo, pues,

dice Freud, es como si la sombra del objeto perdido cayese sobre el yo. La cruel angustia que se experimenta es, al menos en parte, expresión de la culpa por el ser amado perdido. En esas situaciones, la sensación de una falta cometida a menudo se proyecta en otros, que se transforman en los depositarios de algo imposible de soportar. En esas condiciones, difícil analizar políticamente la trama del poder que lleva a muertes absurdas y terribles. Este proceso se profundiza en un contexto en el que la bandera de la muerte, agitada desde los medios, señala culpables individuales con insistencia y ocluye los análisis políticos. La culpa hacia sí y proyectada en otros es más fuerte entre los sobrevivientes y los allegados a las víctimas, pero se extiende a buena parte de la población, que proyecta en la situación los propios duelos individuales y colectivos que las instituciones no permiten elaborar.

La reiteración de la palabra “culpa” aplicada a sí mismo, a “otros”, o a “todos” nos habla de un duelo colectivo que no logra ser elaborado, y que influye en la reducción de lo político a lo moral, proceso sobre el que se monta una estrategia política que intenta colonizar ese dolor.

La necesidad de culparse a sí mismo o a otros se acentúa ante la imposibilidad de elaborar un duelo frente a situaciones de pérdida vividas como absurdas, incomprensibles e innecesarias. Las situaciones de muerte en Argentina que culminan en Cromañón son ejemplo de ello. La percepción de arbitrariedad y falta de justicia padecida durante décadas y sedimentada en capas arqueológicas de las memorias agrava la dificultad de elaborar el duelo, y cada situación ligada al hecho y vivida como injusta implica un retroceso.

M. 35 años: Los chicos y los padres estamos teniendo ayuda psicológica una vez por semana [...] [Pero] yo te puedo asegurar que desde que dijeron que lo van a soltar a Chabán mi hijo está muy mal, por los chicos muertos y por él mismo (Marcha, 30 de mayo de 2005).

En este y muchos otros relatos surge la percepción de que si la justicia actúa imponiendo penas, el malestar se atenúa. Se trata de un proceso inconsciente: la pérdida produce angustia. El encarcelamiento o cualquier castigo que recaiga sobre un culpable alivian a quien padece un duelo, pues la angustia produce agresividad que se vuelve contra sí –por ejemplo en el intento de suicidio– o contra otros. En la medida en que el otro es castigado de algún modo, el alma parece experimentar algún alivio. Sobre este proceso humano se montan las campañas mediáticas que hacen hincapié en las culpas individuales –que existen como responsabilidades, claro está–, pero en este punto me interesa señalar que disuelven la trama política y económica tras las faltas morales. Con ello, el desequilibrio fundamental del sistema se obtura. Así, tras los

hechos de Cromañón, desde el primer momento se substantivó la crítica en personas individuales. Desde ese lugar es frecuente la acusación a los políticos, no a las estrategias que ellos sostienen y que producen situaciones abusivas. En esos términos me hablaba un hombre de 30 años en una de las más multitudinarias marchas, el 6 de enero de 2005, pues a él le parecía muy poco correcta la actitud de “el presidente de la Nación, que yo hasta ahora no me enteré o no escuché palabras de solidaridad con los familiares de las víctimas, ¿entendés? ¿No se sintió tocado por esto que pasó?, me pregunto yo, estee..., para mí más allá de que sea el principal funcionario de este país, la cabeza política de este país, estee..., él tendría que haber sido un poco más considerado y más humano con los familiares de las víctimas” (no tiene familiares ni amigos fallecidos en la masacre).

Esta recriminación se reitera –aunque no está presente en todos los relatos. Se espera de funcionarios como el presidente de la República que vaya a consolar a las víctimas, no que trace políticas. O en todo caso ambos fenómenos se confunden, y se piensa en relaciones políticas en una clave de amistad o familia. El proceso es análogo a la matriz de interpelación construida a partir del caso Blumberg, quien siempre en su ritual ideológico habló como “papá” y como “víctima”, desde su “dolor” y el de otras “víctimas” “individuales”. Así lo expresaban personas de clase media y alta en la puerta de la Catedral en la misa por Axel Blumberg.

M. 74 años: Nosotros somos ahorristas con esta señora [se refiere a su acompañante] y estamos en la lucha, y a nosotros el presidente de la República no nos quiere recibir; hemos entregado treinta y cinco petitorios ya, pero no nos recibe *él en persona*.

Este tipo de afirmaciones fueron colonizadas con fines electorales. En el caso Cromañón, esta posición no es universal. Desde el comienzo, un grupo de familiares y sobrevivientes intentó analizar políticamente lo que había ocurrido. No obstante, se enfrentaron con la mayoría, que trató de no leer políticamente los hechos. Pese a ello, algunos persistieron en su lucha. Por ejemplo, una abuela que en una reunión por Cromañón comenzaba su alocución afirmando: “El capitalismo mata” y luego hacía un análisis en términos institucionales, económicos y sociales. Las denuncias de estrategias político-económicas trascendentes a las figuras individuales eran poco frecuentes en los primeros meses. Sólo se hablaba de una “cadena de responsabilidades”. Es posible pensar que esta occlusión de la política estuviera posibilitada por las diversas capas de la memoria argentina, cuyo núcleo radica en la presencia de la muerte. El dispositivo mediático profundizó la lectura despolitizada de los hechos, asentado en el dolor ante la muerte. Después de la excarcelación de

Chabán, el acento se puso en la justicia, y en muchos casos en una justicia de clase. Tras los acontecimientos que culminaron con la suspensión del jefe de Gobierno y el nuevo encarcelamiento del empresario, la culpa se depositó, especialmente, en los políticos y la justicia.

EL RITUAL COLECTIVO Y LA EXIGENCIA DE RENDICIÓN DE CUENTAS

*Ni una bengala ni un rock and roll,
a nuestros chicos los mató la corrupción*

Las marchas constituyeron un ritual colectivo en el cual se tramitaba el imposible duelo. Pero ellas tuvieron también otro rol, la exigencia de rendición de cuentas, por parte de los *familiares*, a las autoridades del *Gobierno de la Ciudad* y al *Poder Judicial*. El seguimiento de los hechos muestra que entre las manifestaciones realizadas los días 30 de cada mes y las medidas oficiales se entabló una especie de diálogo, apenas audible. Antes de cada marcha las autoridades anunciaron alguna medida. El tercer actor –*los medios de comunicación*– sostuvo la *accountability* social sin tapujos. El análisis de las visibilidades y las palabras expresadas en las marchas durante todo el año 2005 me permite establecer cinco momentos en los que el ritual colectivo se desbroza. Esos fueron construyendo un sentido que varió a través del tiempo.

PRIMER MOMENTO: LA SOCIEDAD CIVIL EXIGE

*Olé, olé, olé, olé, olé, si no hay justicia
la que se va a armar*

En los primeros días de enero de 2005, se sucedieron diversas manifestaciones, en las que la exigencia de seguridad se transformó en la de justicia. La *accountability* social se ponía en marcha: su núcleo era la familia apoyada por una enorme pluralidad de actores sociales.

Se había iniciado un ritual que se repetiría todos los días 30 de cada mes con características semejantes. Primero, se oficia una ceremonia religiosa en el *santuario*. Al principio fue una misa, pero luego se conformó como una ceremonia interreligiosa que une a representantes de diversos credos. Luego comienza la marcha, que tiene una cabecera en la que generalmente están los familiares de las víctimas. La columna va a pie hasta la Casa de Gobierno de la Ciudad. Allí, un grupo se separa y se dirige también a la Casa de Gobierno nacional y da vueltas alrededor de la Pirámide de Mayo, en una clara alusión a que su lucha continúa la de las Madres de Plaza de Mayo. Al finalizar, hay ceremonias

diversas que fueron cambiando con el tiempo. En este punto, la diferencia con Blumberg es clara. Los familiares no están aislados por un vallado, ni son custodiados por la policía.

Durante el primer período –los primeros días del año–, la concurrencia era políticamente plural. Había grupos de jóvenes, también familias enteras o pequeños grupos de amigos, murgas, organizaciones barriales, miembros de asambleas vecinales, Madres de Plaza de Mayo con sus tradicionales pañuelos, estudiantes y grupos de izquierda. La multitud unía también a diversos sectores sociales, aunque la mayoría eran personas pobres o empobrecidas. Algunos estaban vinculados a lo sucedido, pero la mayoría había ido para solidarizarse con los afectados y pedir justicia. “La consigna más escuchada era: ‘Ibarra, Chabán, la tienen que pagar’”. No obstante los cánticos y pancartas iban desde la personal expresión de duelo hasta el rechazo político al orden establecido.

La motivación a participar por parte de los asistentes que no eran allegados a víctimas o sobrevivientes y que no pertenecían a ninguna organización era, en general, coincidente: se trataba de solidarizarse con los afectados, y de participar en el pedido de justicia.

Los relatos hacían centro en el impacto del dolor por *la víctima*, quien era percibida como alguien que pasivamente ha sufrido la arbitrariedad del Estado y de “empresarios codiciosos”. No obstante, la gran cantidad de militantes de organizaciones sociales y políticas hablaba también de una motivación para transformar la realidad. Ello generó enfrentamientos entre la mayor parte de los familiares que no deseaban que se “politizase el dolor” y aquellos que aceptaban la presencia plural de organismos políticos, gremiales y estudiantiles.

En esas y todas las marchas que siguieron, con mayor o menor peso, se hacía presente un personaje, que es percibido como lo otro de la víctima, y cercano o cómplice del victimario. Se trata de la figura del *infiltrado* o el *provocador*. La palabra *infiltrado* ha sido agitada reiteradamente por los medios desde los años setenta; es un fantasma que atraviesa las marchas de Cromañón y ha hecho que muchas personas se retiren de ellas. El *infiltrado* es percibido por la mayoría como una otredad que debe ser expulsada. Los grupos de familiares más experimentados no hablan de *infiltrado*, sino de *punteros* y *provocadores*. En las marchas se podía observar a personas que actuaban de modo tal que levantaban dos tipos de sospecha: están allí para vigilar qué se hace; intentan colonizar a los miles de seres desgarrados por el dolor, y para ello manipulan algunos cánticos y acciones, y así intentan influir en las agendas políticas. En algunos casos, para hacer entrevistas a jóvenes era menester pedir permiso a personajes de más edad, quienes lo impedían sistemáticamente. Estos sujetos no parecían ser familiares de las víctimas, en algunos casos negaron tener algo que ver con las marchas, y sin embargo con toda evidencia indicaban

qué cantar, cómo marchar y cuándo detenerse a jóvenes que a todas luces no tenían ninguna experiencia en marchas callejeras. También algunos de ellos insultaron a jóvenes de la Federación Universitaria de Buenos Aires o a grupos de izquierda. En las marchas por Cromañón hubo padres que denunciaban a gritos a quienes identificaban como “provocadores” o “infiltrados”. La imagen del *infiltrado* es algo ambigua; a veces alude a grupos de izquierda; no obstante, en este caso parecía referirse a cualquiera que perteneciese a un partido político. La figura del *provocador* remite, al menos en el imaginario argentino, a personal de inteligencia vestido de civil o a ciertas personas que suelen liderar grupos, particularmente entre los más pobres, quienes forman parte del círculo que rodea a un *puntero político* o “*patrón*”. Estos personajes conducen por medio de favores –pero también a través de figuras emblemáticas, así como cánticos y diversos rituales– a grupos que forman su *clientela*. Desde ellos se puede llegar –en una larga cadena– hasta los más encumbrados puestos del mundo de la política. En la marcha del 30 de julio de 2005, algunos familiares me confirmaban lo que un experto en temas jurídicos ya me había dicho: entre las personas que marchan habitualmente por Cromañón hay algunas que deliberadamente provocan conflictos con la policía, que luego fueron magnificados por los medios. La desconfianza que genera la figura del “infiltrado” hizo que una parte importante de familiares, amigos y personas que se solidarizaron con las víctimas decidieran que las marchas no debían tener color político.

SEGUNDO MOMENTO: LA EXCLUSIÓN DE LA POLÍTICA

No vamos a politizar el dolor

Después de la marcha del 6 de enero y hasta la del 30 de mayo de 2005, un grupo mayoritario de familiares y amigos de las víctimas exigió que se dejaran de lado consignas políticas, y que se marchase en silencio. Sólo con velas, banderas y fotos de las víctimas. Las marchas adoptaron el carácter de reclamo apolítico hecho a los políticos y a la justicia, de modo análogo a la interpelación liderada por Blumberg. También adquirieron un carácter marcadamente religioso. Pero, a pesar de su autodenominado carácter “apolítico”, todas las marchas interpelaron a los políticos. Se entabló así una especie de diálogo entre los manifestantes y diversos arcos del gobierno –oficialistas y opositores. El intercambio, en algunos momentos, llegó al exabrupto y al golpe, como veremos, pero las demostraciones, a diferencia de otras que durante años habían protagonizado jubilados, docentes, familiares de desaparecidos y estudiantes, fueron escuchadas y presentadas en los medios, y generaron respuestas rápidas del gobierno y la oposición.

Por otra parte, Cromañón comenzó a sacar a la luz algo que la operación mediática blumberguiana había ocultado: la angustia flotante en la población raya con la desesperación, pero no hay un referente único que pueda canalizarla; la angustia no se plasmó en una resistencia organizada de manera monolítica.

Al compás de las marchas, los grupos políticos opositores increparon, al jefe de Gobierno porteño y analizaron los hechos en términos puramente individuales. Tal era el caso de Mauricio Macri, el empresario y líder político, que había apoyado las iniciativas blumberguianas de “mano dura”; él reactivó el discurso en el cual la decisión política se presenta como intervención moral, diciendo que es función del Poder Ejecutivo porteño “sacar a la población de la angustia”. De este modo interpelaba a analizar los actos de gobierno en términos psicológicos y morales. Sostenido en esta interpelación, su grupo, aliado tácticamente a todo el arco opositor, comenzó a impulsar el juicio político al jefe de Gobierno. En la misma línea de pensamiento del BM acerca de las estrategias de empoderamiento y exigencia de rendición de cuentas, los funcionarios políticos fueron presentados como individuos que deben calmar “la desesperación de la gente”. Desde otro lugar y en otra condición, avalaban la secuencia sintagmática de Blumberg, en la que el “cruzado-padre” debe restituir la moral, y el “sacerdote-terapeuta” debe calmar el dolor. Nada hay en este discurso de la vieja idea de ley universal.

El 24 de febrero en la Legislatura se creó una comisión para investigar si había responsabilidad política de las autoridades en la masacre de Cromañón.

Al mismo tiempo, los familiares comenzaron a participar en reuniones de la Legislatura de Buenos Aires con el fin de exigir la rendición de cuentas a los funcionarios responsables. El 1 de marzo, en la apertura de las sesiones ordinarias de la Legislatura porteña un grupo de familiares de las víctimas, en el mismo instante en que el jefe de Gobierno comenzó a hablar, enarbolaron fotos de sus deudos, y le dieron la espalda. El proceso de *accountability* social ya estaba en marcha.

Paulatinamente se instaló una guerra sorda entre el Ejecutivo y todo el arco de la oposición, cuyo eje fue la masacre de Cromañón. Poco a poco, la ciudadanía comenzó a sospechar que el horrible hecho estaba siendo utilizado con fines electorales, o de simple lucha por cargos. Así lo manifestaron varios entrevistados, y ello se desprende también de encuestas realizadas por diversos medios.

El 1 de abril de 2005 se realizó, en medio de una reyerta con familiares, la primera reunión de la Comisión Investigadora de Cromañón que se formó en la Legislatura, con la finalidad de investigar lo ocurrido. En ella debían participar legisladores de distintos partidos. No obstante, merced a la presión de los familiares, quienes conformaron finalmente

la comisión fueron exclusivamente legisladores enconadamente opuestos al primer mandatario. El accionar de la Comisión generó dudas respecto de sus verdaderos móviles.

TERCER MOMENTO: CONTRA EL GARANTISMO PENAL

Pa' los pobres no hay justicias

En un tercer momento, la presunta “apoliticidad” se transformó en violencia desorganizada y ruptura de lazos entre quienes manifestaban.

Sorpresivamente, el 13 de mayo, en una tarde lluviosa y triste, los noticieros anunciaron que la justicia había establecido que Omar Chabán sería excarcelado hasta el momento del juicio a cambio de fianza. Los magistrados que habían tomado la decisión tenían, al parecer, una trayectoria intachable, y son considerados “garantistas”.

El veredicto explicitaba que “excarcelación” no es lo mismo que “absolución”. “Esta aclaración no es ociosa, porque con un alto grado de irresponsabilidad en algunos casos (especialmente por el amarillismo periodístico) o por desconocimiento en otros, se suele equiparar excarcelación con absolución, invirtiendo el principio constitucional y republicano de presunción de inocencia” (Garrigós de Rébora y Bruzzone, 2005). La medida sostenía que las pautas a tener en cuenta para encarcelar a un ciudadano previo al dictado de la sentencia condenatoria sólo autorizan a los jueces la prisión preventiva, si hay motivos para suponer que el sospechoso colocará graves obstáculos a la realización del juicio. También se afirmaba que la prisión preventiva, en tanto medida cautelar, no debe ser confundida con la pena privativa de libertad. En este punto, la decisión se oponía a las recomendaciones de Bratton-Giuliani, en tanto la argumentación estaba basada en el principio –violado en Argentina como veíamos en capítulos anteriores– de que una persona es inocente hasta que se pruebe lo contrario. Desde esta perspectiva, el encierro de un procesado no condenado es violatorio de derechos. Respecto de los principios que guían el proceso, se aseveraba:

La mayor victoria [...] es que [los principios republicanos] resultan aplicables a todos los ciudadanos por igual [...] Y aun cuando, en algunos casos, pueda quedar la impresión de que esa igualdad aparece como injusta, nunca podemos caer en la tentación, por más grave que sea la imputación [...] o el clamor social implicado en busca de venganza, de renunciar a ella, porque, precisamente, esos principios, enmarcados en el proceso penal que nos rige, son los que le habrán de dar el cauce legítimo correspondiente, pero no a cualquier costo. Lo

contrario, sería actuar en un contexto de presión social que la lógica jurídica, especialmente en su faz práctica, no puede admitir [...] El más grande logro de un Estado de Derecho es garantizar, incluso en los casos extremos [...] que las personas enjuiciadas sean condenadas y, de proceder, encarcelarlas, tras el juicio previo que los declare culpables, con todas las garantías previstas por la Constitución Nacional. No existe duda alguna que la libertad es uno de los derechos más preciados por el ser humano y el encierro la medida más drástica que el Estado puede imponer. Por ello, esa medida cautelar debe ser aplicada restrictivamente, tal como recomendó la ONU a través del Comité Contra la Tortura y Otros Tratos Crueles Inhumanos y Degradantes, respecto del caso argentino el 10 de diciembre de 2004, [...] en los siguientes términos: [...] *Considerare revisar [sus] prácticas en materia de detención preventiva, a fin de que la imposición de la prisión preventiva se aplique sólo como medida excepcional* (Garrigós de Rébora y Bruzzone, 2005; énfasis propio).

El uso de la palabra “venganza” en el texto hacía pensar que probablemente los camaristas no habían comprendido que tras los reclamos de los familiares latían unas capas arqueológicas de la memoria que tienen su núcleo en la sensación de indefensión. La decisión generaría una fuerte polémica. Una presión en la que los medios de comunicación tuvieron incidencia. En ese contexto, los fundamentos de la excarcelación en sus términos de filosofía jurídica fueron poco expuestos a la opinión pública.

La noticia de la excarcelación de Chabán marcaría un cambio de rumbo en las protestas. Súbitamente, sin que mediara convocatoria alguna, cuando la decisión se conoció, familiares, sobrevivientes y personas solidarizadas con las víctimas se acercaron al edificio de los Tribunales de la Nación, en el mismo lugar en el que Blumberg había realizado algunas de sus marchas. El clima que se respiraba en el lugar transitaba desde la desesperación a la ira. Allí había pequeños grupos, pero no una multitud; no obstante el operativo de seguridad montado al costado de Tribunales era impresionante y provocador. “Hay más policías que gente”, constataba alguien. Al mismo tiempo los medios mostraban la escena con caracteres de rebelión popular.

En la larga tarde hubo momentos diversos: al comienzo fue la furia. El padre de un chico muerto, y sobreviviente él mismo, rompió a golpes los vidrios de las puertas de la Cámara del Crimen. *En un segundo momento surgió el conflicto y atribución de culpas entre padres.* Algunos acusaban al padre de un muchacho muerto (el abogado Iglesias) de “estar transando”. Él se defendía y otros padres intentaban mediar. La

angustia parecía trocarse en culpa, y esta en violencia intervincular que impedía construir lazos.

M. 54 años: Están dividiendo a los padres y a los profesionales, inclusive estamos hablando de que el doctor Iglesias además de profesional es el papá de uno de los jóvenes muertos, que siempre ha encarado esto tratando de poner, con todo el dolor, la energía para llegar a un óptimo resultado.

E.: Y, ¿cómo hacen? ¿Qué tácticas utilizan?

M.: Yo desconozco las tácticas del poder, pero una es el rumor... Aquí hay un montón de gente [...] que empieza a llenar cabezas.

Después, *en un tercer momento*, unos pocos padres enardecidos gritaban, y *crecieron las protestas no coordinadas*. Uno de ellos se volvió contra los policías: con los puños desnudos golpeaba los escudos antimotines. Volaron algunas piedras, mientras los policías atacaban a los manifestantes con sus cachiporras. Una abuela me decía que entre ese grupo había “provocadores” y, lamentablemente, algunos eran familiares. Las personas corrían, algunos lloraban, otros gritaban sin saber qué hacer. *En un cuarto momento, la policía se retiró tras el vallado*. “Hoy empieza una guerra”, decía un familiar. “Acá va a haber derramamiento de sangre”, gritaba otro. Las expresiones eran individuales: gritos, insultos contra los jueces y crisis de nervios.

El pibe [nombra a una víctima] trabajaba y juntaba para ayudar al papá, que se quiso matar acá, y del pibe dicen que era un drogadicto y entre tanto a este tipo lo dejan libre [...] y mientras tanto: ¿te dan la pastilla y te alivia todo? ¿Con un psicólogo tenés que arreglar esto? ¿Con un psicólogo? No, esto lo tenés que sentir acá, esto lo tenés que llevar en las venas, son noches y noches sin dormir, noches sin comer (Padre de un joven muerto).

No queremos más, no queremos más [...] Golpe por golpe [...] les vamos a reventar hasta los sesos, que se sepa muy bien, ¿eh?, yo perdí a mi hijo y le prometí [...] que los asesinos no quedarán libres, y hoy me hicieron una burla, a los asesinos de mi hijo los largaron, y al asesino de mi hijo no lo detuvieron [...] porque estoy recontra furioso porque ya no creemos más en la justicia (Padre de un joven muerto).

El rumor y el grito eran unánimes: Omar Chabán y María Julia Alsogaray (funcionaria menemista acusada de corrupción y que siempre se rio

abiertamente de sus críticos) habían sido excarcelados en la misma semana, aunque por causas y jueces distintos. Entretanto, los pobres que habían ido a protestar un año antes frente a la Legislatura para oponerse a la sanción del Código Contravencional seguían presos. De esa manera, la igualdad ante la ley, argumentada por los camaristas que excarcelaron al empresario, era leída por una población dolida, precisamente de modo contrario. Algunas personas afines al garantismo penal y enemigas de la “mano dura” se preguntaron si la medida era, al menos, oportuna.

Finalmente, algunos familiares comenzaron a llamar para marchar hacia Plaza de Mayo. Pero el pedido era algo confuso, y por una parte no había más de trescientas personas. “Exigimos justicia. Están empezando a matarnos, como a nuestros hijos”. “Yo ya estoy muerto”, gritaba otro. Ya no había más palabras. “Vamos a juntarnos los papás, que esto está lleno de infiltrados”, dijo uno de ellos. Era difícil acompañarlos; la angustia y el recelo parecían aislarlos, les hacían romper lazos con la población y entre sí. La sensación de impotencia los devolvía a la primaria vivencia de indefensión. Ella construía la desconfianza en la que se sustenta la *accountability*.

Cuando la tarde caía, frente a Tribunales no quedaba más que un puñado de personas. Entonces comenzó a transmitir en vivo el noticiero del Canal 9 –aquel que había apoyado a Blumberg. Una suave llovizna lamía los cuerpos. De pronto escuché azorada que el periodista decía más o menos lo siguiente: “La plaza está colmada, cae la noche y la lluvia arrecia, pero de aquí no se mueve nadie”. Los medios, sin duda, cumplían su misión en la *accountability* social.

Al día siguiente se organizó otra marcha, que tuvo una escasa concurrencia. Al llegar a la Casa de Gobierno de la Ciudad, varios manifestantes vieron un grupo con banderas de izquierda. La mayoría de los asistentes se enfureció y los obligaron a bajarlas. Las consignas repetían sus diatribas contra Chabán, Ibarra y la policía. Los familiares no entendían de explicaciones sobre “garantistas” y “no garantistas”. La decisión de los jueces recolocaría en la mira uno de los objetivos de Blumberg: el garantismo penal. A partir de entonces, durante un tiempo no se verían banderas o distintivos políticos. La izquierda y el garantismo penal habían sido expulsados.

En esos días, no vi más que unos centenares de personas; sin embargo, tanto las imágenes televisivas como los comentarios periódicos hablaban de “multitud”, de “miles de personas”. A quien había seguido caminando a través de los meses, de manera obstinada, junto a esas personas doloridas, el vacío de cuerpos y el bullicio de los medios le producía una horrible sensación.

El 30 de mayo la manifestación, tras la acostumbrada ceremonia, comenzó con enfrentamientos frente al *santuario*. Según me decía una

madre, los padres de chicos muertos no permitieron que los sobrevivientes colocaran su bandera en la cabeza de la marcha. Una abuela me informaba que “esa fue una marcha difícil, trataron de dividirnos a toda costa, había muchos provocadores”. Ese día, la mayor parte de las inscripciones en pancartas y remeras nombraban a los jóvenes y agregaban dichos tales como: “Angelitos que nos miran desde el cielo” o “te quiero”. En esta marcha ya no había carteles, banderas o consignas de partidos de izquierda, Madres de Plaza de Mayo o grupos de asambleas populares.

Por el contrario, había varios personajes que parecían liderar a grupos de jóvenes, quienes gritaban consignas de alto nivel de virulencia en las que junto a insultos se pedía la muerte de Ibarra, del presidente de la República y la quema de Tribunales. Los que así gritaban, por la forma de marchar y por el modo en que obedecían a líderes de más edad, no parecían ser jóvenes habituados a participar en protestas.

Varias personas se negaron a dar entrevistas. Entre ellos había dos tipos: por un lado, individuos que claramente estaban allí con el propósito de introducir consignas. Otros, en cambio, sólo estaban transidos por el dolor; en sus rostros la miseria y el hambre hacía ya tiempo habían dejado sus huellas. Ellos parecían haberse quedado sin palabras.

La marcha estuvo atravesada por la enorme violencia verbal, particularmente desde grupos de jóvenes hacia la policía. Para un observador habituado a transitar concentraciones populares en Buenos Aires, la situación se percibía como altamente peligrosa: los cuerpos se amontonaban, saltaban en improvisados *pogos*, se unían en insultos y miraban desafiantes a los ojos a los policías; el dispositivo de los uniformados era enorme, la desprotección e indefensión de esos muchachos y chicas, muy grande. Sólo parecían portar sus cuerpos y las fotos de los muertos. Hubiese bastado un tiro o un gesto y allí se hubiese producido otra masacre.

Al llegar a Plaza de Mayo, en un palco de espaldas a la Casa de Gobierno y de un vallado que la aísla desde hace varios años del pueblo, algunos familiares, dos de ellos, a la vez también sobrevivientes, pronunciaron varias alocuciones. *La mayor parte de los discursos de modo manifesto atacaban al garantismo penal.*

Hoy nos tienen colocados en el falso dilema de garantismo sí, garantismo no. ¿Dónde estaban esos hijos de puta cuando las garantías violaron la muerte de nuestros hijos? (padre que días antes rompió los vidrios en Tribunales y es sobreviviente él mismo).

No obstante, la diversidad de enunciados daba cuenta del pluralismo de acciones y actitudes. *En algunos se invocaba a una justicia divina*, más allá de la imposible justicia positiva del Estado. Otros padres señalaron

que la justicia, aunque aparezca como garantismo, *es una forma más de encubrir una justicia de clase. Otros seguían poniendo el acento en la renuncia de Ibarra. Pero enfatizaban los pedidos de encarcelamiento. Otros sostenían sus palabras desde el dolor de la víctima*, pedían justicia y solidaridad a todo, los ciudadanos. *Sólo uno de los discursos se centró en el viejo concepto de pacto social de unión; en la idea de derechos y deberes ciudadanos, y en la de soberanía popular. Se trataba de la voz de un joven sobreviviente, quien pudo hablar porque era mellizo de un muchacho muerto, dado que no se permitía hasta ese momento la voz de los sobrevivientes.*

Debemos dejar dormir a un costado el dolor, para exigir a nuestros mandatarios lo que nos corresponde en nuestra estricta condición de soberanos [...] aunque algunos expresen que nuestros reclamos son utópicos, pero estas utopías deberá hacerlas posible esta sociedad maltrecha y aprender a ser responsables de nuestros actos individual y colectivamente por los que se fueron y por los que nos quedamos. Debemos convivir con lo que ocurrió, ocurre y ocurrirá, pero debemos canalizar nuestro dolor en una lucha sostenida, productiva. [...] Haremos de nuestra lucha una reivindicación social, la vida no penderá de un hilo, este es el país que buscamos y es el compromiso ético que portamos [...] la unidad nos fortalece y es fundamental para modificar una sociedad.

De un modo notable este muchacho, que por ser sobreviviente sólo pudo hablar como hermano de una víctima, era el único que en sus palabras se abstraía de nombres individuales y planteaba políticamente el lugar y las funciones del Estado, así como los derechos y deberes de los ciudadanos. Su tono era enérgico, pero calmo. Su exhortación a la unidad también aceptaba las diferencias. Su invocación a la utopía realizable se complementaba con unos enunciados poco frecuentes, no sólo en estas marchas sino en entrevistas de todo tipo en Buenos Aires desde hace algunos años. Sostenía que era menester asumir el pasado, el presente y el futuro, respetar a los que están y a los que faltan. Hablaba en términos de Estado y soberanos. Reconocía la realidad y no renunciaba a las utopías, en enunciados laicos.

La mayoría de los discursos se centraron en el dolor de las víctimas, en las figuras individuales de funcionarios y empresarios, y con toda fuerza cuestionaron a la justicia, en particular al garantismo penal, en una clave que los acercaba peligrosamente a Blumberg; y, del mismo modo que él, algunos apelaban a la justicia divina.

CUARTO MOMENTO: LA CONSTRUCCIÓN DEL CONSENSO

Todos somos sobrevivientes

Tras el dolor y la ruptura de lazos producida luego de la excarcelación del principal imputado, transcurrió un tiempo en el que finalmente comenzó a construirse consenso entre los diversos grupos de familiares, se incluyó a los sobrevivientes en los reclamos y poco a poco se permitió la participación de grupos políticos y gremiales en las marchas.

El 30 de junio, en el *santuario* se realizó una oración interreligiosa. Luego partieron a Plaza de Mayo para reiterar su pedido de justicia y rendir homenaje a los jóvenes muertos. A pesar de que no todos participaron en el rito religioso, finalmente los familiares de las víctimas lograban realizar una marcha, al final de la cual se leía un documento conjunto. En él hicieron responsables a los “empresarios avariciosos y a los gobiernos cómplices” por la muerte de personas y por las secuelas “físicas y psíquicas” de muchos sobrevivientes. El documento fue consensuado por los diversos grupos de familiares y sobrevivientes. Parados al costado de la Pirámide de Mayo, hablaron ante el silencio de cientos de personas. Fueron palabras críticas para cada uno de los involucrados en la causa, y enmarcaron a la tragedia en un contexto de “violencia institucional y empresarial” responsable del “accionar represivo de la dictadura militar, los crímenes de gatillo fácil y atentados como el de la AMIA”. Sostuvieron que hay una justicia “diferente para unos y otros”, evidenciada en “los detenidos por manifestarse en contra del Código Contravencional” en 2004. “Todos somos sobrevivientes”, dijeron los padres. Del mismo modo se criticó y pidió la detención del jefe de Gobierno y de ex funcionarios procesados. Luego pidieron que no se variara la calificación de la causa y que el ministro del Interior diera cuenta del “nefasto” accionar de la Policía Federal. “Tenemos la posibilidad, si actuamos colectivamente, de que este juicio inaugure una manera diferente de concebir la justicia”, para que “haya un antes y un después de Cromañón”. Algunos familiares afirmaron que con este documento se inauguraba “una etapa de mayor diálogo” entre los padres.

El documento leído el 30 de junio no sólo mostraba un profundo esfuerzo por unirse más allá de las diferencias. También parecía indicar que la exigencia de rendición de cuentas no seguía las pautas establecidas por los organismos internacionales. En medio del dolor, surgía el intento de analizar políticamente los hechos. El texto enmarcaba lo sucedido en un contexto económico, político y social. El proceso de culpabilización moral cedía su lugar a la comprensión mutua. Ahora los sobrevivientes tomaban un lugar y sus penurias eran reconocidas. La experiencia había permitido transformar el modo de expresarse en colectivo.

Desde una perspectiva política, el 29 de julio, finalmente, la Comisión Investigadora afirmó que hubo mal desempeño de funciones por parte del primer mandatario porteño. Uno de los graves problemas que presentó todo el proceso radicó en que, si bien la Constitución de la Ciudad contempla la posibilidad del juicio político, no explicita los mecanismos para concretarlo, y no había antecedentes de un hecho semejante. El próximo paso fue entregar el informe –que no tenía carácter vinculante– a la Sala Acusadora de la Legislatura. Los legisladores tuvieron discusiones, pues no estaba claro si ese traspaso debía votarse o no, y frente a esa situación los familiares exigieron que no se realizase ninguna votación. Una vez entregado el dictamen a la Sala Acusadora, se constituyó una nueva Comisión Investigadora, que debió analizar por qué sucedió la tragedia. Ese equipo tuvo como función proponer a la Sala Acusadora si se iniciaba o no el juicio político.

El 30 de julio la marcha tuvo un carácter semejante a la anterior. El escenario era diferente a los días posteriores a la excarcelación de Chabán. La manifestación tenía un carácter plural. En la Plaza de Mayo había 194 pancartas con la foto, el nombre, un mensaje a cada víctima y una inscripción en la que sólo se acusaba al Gobierno comunal. Esa noche, antes de comenzar la lectura del documento conjunto, se pidió que los legisladores votaran el juicio político al jefe de Gobierno y a varios funcionarios según las razones dadas por la Comisión Investigadora. Ahora, a diferencia de los meses anteriores, se agradeció la presencia y ayuda de organizaciones políticas, sociales, gremiales y vecinales. Se llamó a que los que no se habían unido a la lucha lo hicieran, porque, se dijo: “Todos somos sobrevivientes”. Esta frase marcaba una fuerte inflexión. La figura del sobreviviente, que había sido al comienzo culpabilizada, ahora era reconocida; el modo en que se la incluía permitía atisbar una lectura más política de los hechos, pues la pregunta que sugería era: ¿de qué somos sobrevivientes todos? Se solicitó sostén para que en la impunidad empresarial y gubernamental hubiese un antes y un después de Cromañón. Se exigió, como en la vieja consigna por los desaparecidos, “Juicio y castigo a los culpables”. La memoria histórica de las luchas resignificaba la matriz de exigencia de rendición de cuentas construida a partir del caso Blumberg.

A comienzos de agosto, el juez Baltasar Garzón, de España, participaba de un seminario sobre derechos humanos en el Teatro Cervantes en la Ciudad de Buenos Aires. Estaban presentes la senadora y esposa del presidente de la República, Cristina Kirchner, y la titular de Abuelas de Plaza de Mayo, Estela de Carlotto. Un grupo de familiares de Cromañón se hizo presente en el lugar con pancartas, entre las que aparecía el retrato de la primera dama, junto al cual se leía: “¿Y vos, de qué lado estás?”. Al finalizar el encuentro, algunos familiares tiraron huevos e

insultaron a la titular de Abuelas de Plaza de Mayo. El ataque se basó en el hecho de que la Sra. de Carlotto había firmado una solicitada en defensa del jefe de Gobierno comunal. Una parte de los familiares se disculpó por el hecho. Lo sugerente fue que algunos medios, tras condenarlo, hicieron reflexiones sobre la violencia de los “escraches” (manifestaciones públicas de repudio que se hicieron frecuentes en Argentina contra personas vinculadas al genocidio de la década del setenta que están libres) y aseguraron que *todos los escraches* significaban una forma de violencia intolerante. Igualaban con ello –a pesar de la condena a la agresión a la Sra. de Carlotto– el repudio a las acciones de personas acusadas por crímenes de lesa humanidad con agresiones a defensores de derechos humanos.

El 2 de agosto, otro teatro porteño reunió “a lo mejor de la izquierda y a lo mejor de la derecha” –según la definición del abogado José Iglesias (padre de uno de los muchachos muertos en el incendio y quien en las primeras marchas se oponía tenazmente a “politizar el dolor”). Las palabras recogían aquella frase que Blumberg hizo famosa: “Yo no soy ni de derecha ni de izquierda”, pero a la vez corregían su error: en lugar de negar su pertenencia a uno de los dos bandos, aceptaba que los dos tenían un núcleo que encarnaba “lo mejor”. El objetivo que aparentaba ser común a todos los presentes era apoyar el juicio político al jefe de Gobierno porteño. A la reunión, convocada por un grupo de padres de las víctimas, concurrieron los más destacados representantes de partidos políticos desde la derecha hasta la izquierda que pocos meses antes había sido expulsada de las marchas. Desde el escenario, el único orador fue Iglesias, quien agradeció con vehemencia la presencia de todos los políticos y de representantes de organismos de derechos humanos. Su discurso fue claro; expresaba de manera impecable –sabiéndolo o no– el núcleo mismo de la *accountability* social: “No pedimos el linchamiento de Ibarra, pedimos el juicio político con todas las garantías que para su desarrollo estatuye la Constitución”, dijo. “Lo que pedimos es que se haga justicia, no sólo penal, sino también política, porque la ausencia de justicia política ha hecho que la sociedad traslade todas las demandas de justicia al Poder Judicial, y los políticos tienen que hacerse cargo a la hora de condenar a los funcionarios corruptos. Lo que nosotros les pedimos a todos es que les den prioridad a las razones y no a las conveniencias políticas. Recuerden que un funcionario, y máxime si es jefe de Gobierno, puede no tener responsabilidad patrimonial, puede no tener responsabilidad penal, pero siempre tendrá responsabilidad política”, finalizó.

Pero la *accountability* social tomó, más allá de las mejores intenciones, un claro signo electoral, pues ocupó el espacio central en la campaña por la elección de legisladores de Buenos Aires en la que finalmente triunfaría en octubre Mauricio Macri, el candidato mimado

de los grupos más concentrados del poder. La misma ciudad que cuatro años antes expulsaba al modelo neoliberal, ahora elegía a uno de sus más conspicuos representantes. La estrategia estuvo centrada en la *promesa de seguridad*: la masacre de Cromañón fue la amenaza presentada constantemente a la ciudadanía.

El 30 de agosto, se reiteró el ritual, con una asistencia menor que en ocasiones anteriores. Las consignas fueron las habituales. Pero esta marcha evidenció una mayor confluencia de organizaciones sociales. Una locutora leyó adhesiones, entre las que se contaron la de Madres de Plaza de Mayo Línea Fundadora; el Servicio de Paz y Justicia; el Premio Nobel de la Paz, Adolfo Pérez Esquivel; y el cardenal Bergoglio, quien envió al obispo Jorge Lozano como delegado de la “Pastoral de Cromañón”. “Vení, contame cómo es el cielo, ahí se fueron mis amigos”, le dijo una chica al obispo Lozano, quien presidió las oraciones junto a las pastoras de la Iglesia Evangélica del Centro y de la Iglesia Tiempo de Dios.

Entretanto, en septiembre se formó una nueva Comisión Investigadora que debía proponer, o no, votar el juicio político. La Comisión se propuso acelerar los tiempos del proceso a Aníbal Ibarra. “Necesitamos más tiempos para leer las pruebas”, objetó uno de sus miembros. Su posición fue abucheada por los familiares presentes en el recinto. La Comisión votó por mayoría pedir que se votase el juicio político. Se adujo que no eran necesarias más investigaciones, pues –se sostuvo– “ya está todo investigado”. El fundamento de esta posición fue el informe que había hecho público la anterior Comisión. Tres diputados opinaron diferente. El argumento no fue escuchado. *Una nueva forma de decisionismo se instalaba.*

Tras la disposición, Ibarra debía hacer su descargo frente a las imputaciones. Luego, el jefe de Gobierno podía pedir pruebas. Sólo entonces, la Comisión podría emitir un dictamen. Este (en realidad hubo más de uno) pasó después a la Sala Acusadora. Esta última sala tenía quince días para decidir si debía haber juicio o no. El jefe de Gobierno porteño recusó a seis diputados de la Comisión de Juicio político. La Comisión de Juicio Político, en cumplimiento de las normas vigentes, el 15 de septiembre, resolvió trasladar a la Sala Acusadora el tratamiento de la recusación hecha por el jefe de Gobierno. La decisión de ajustarse a los procedimientos institucionales de la Legislatura fue interpretada por grupos de familiares como “una maniobra dilatoria” y la respuesta se tradujo en insultos, gritos y empujones, incluso contra diputados abiertamente opositores a Aníbal Ibarra, que días atrás eran aplaudidos por ellos. “Yo perdí dos sobrinas en Cromañón y ahora voy a boletear a los hijos de Ibarra, para que conozca el dolor, aunque después me coma la cárcel”, gritó un hombre al presidente de la Comisión de Juicio Político, opositor a Ibarra. Todo intento de dar explicaciones a los familiares re-

sultó vano. Nadie quería escuchar. Oficialistas y opositores fueron caracterizados de modo análogo: “Corruptos, apuren el juicio contra Ibarra”.

La *accountability* tomaba la forma de un nuevo *decisionismo*, ya no basado en el líder de un partido político tradicional, o en uno brotado de algún grupo de la sociedad civil. Se trataba ahora de personas diversas, de distintas clases sociales, quienes no se presentaban como líderes, sino simplemente como familiares y víctimas. La fuerza del reclamo se acrecentaba por el hecho de que en las marchas, en la calle, había todo tipo de ciudadanos, y porque todos los acontecimientos eran seguidos minuciosamente por las cámaras de televisión; la falta de respuesta podía ser leída de diversas maneras: como falta de justicia y descontrol político generalizado, o como discriminación de clase. La estrategia de Blumberg se mantenía, al tiempo que se transformaba: el núcleo de la herida estaba en la familia, la voz la tomaban los miembros de ella, el reclamo era hecho en tanto víctima, el objeto de la rendición de cuentas era el Estado corrupto, la interpelación era a actuar ya, a *decidir* sin dilaciones, pero ninguna persona *singular* era la protagonista de la exigencia, que *aparecía* como surgiendo de la voz de *todos*.

Finalmente, en esa única y agitada sesión, la Sala Acusadora de la Legislatura porteña rechazó la recusación de los seis diputados, y así quedó allanado el camino de la Comisión de Juicio Político. La Sala Acusadora, en el procedimiento de juicio político, actúa como fiscal del caso. Sus miembros se reunieron en el recinto de la Legislatura. Parte de sus tribunas fue ocupada por un grupo de familiares de las víctimas. Esta vez siguieron en silencio las argumentaciones de los diputados, casi todas, apuntando al rechazo de las recusaciones, pero en el momento en que una diputada expuso su defensa de las recusaciones, los familiares en silencio optaron por ponerse de pie y darle la espalda. Al término de su discurso, hubo silbidos.

El 30 de septiembre, la marcha fue acompañada por muy pocas personas. En ella se repitieron todos los pasos del ritual. A la demanda de justicia y esclarecimiento de los hechos, se sumaron críticas contra la Cámara del Crimen que cambió la figura de “homicidio” por la de “estrage culposo y cohecho activo” para Omar Chabán.

Finalmente, los integrantes de la Comisión Investigadora de la Sala Acusadora, el 12 de octubre, decidieron el cierre del período de pruebas. Tras ello, dos legisladores porteños que apoyaban a Ibarra sufrieron agresiones verbales por parte de familiares de las víctimas, quienes deseaban que el proceso siguiese. “¡Los vamos a matar, no van a tener dónde esconderse!”, les gritaron los familiares.

El 13 de octubre, se realizó una ceremonia en conmemoración del día de la madre. A ella asistieron Madres de Plaza de Mayo Línea Fundadora, madres de chicos masacrados en la calle, de los muertos

en Cromañón, de la AMIA, de los caídos en Malvinas, de víctimas del gatillo fácil y de jóvenes fallecidos en diversas situaciones de violencia. El cuadro unía a muchas de las personas que habían intentado articularse al comienzo de la campaña Blumberg, y que se habían retirado como consecuencia de sus actitudes. El arco era variado políticamente, la muerte era el punto de comunión. Pero no se trataba de cualquier muerte, sino de la del hijo. Horror que interpela desde un duelo imposible de elaborar.

El 27 de octubre siete legisladores del macrismo y de fuerzas de izquierda miembros de la Comisión Investigadora de la Sala Acusadora de la Legislatura porteña presentaron el primer dictamen, que representó a la mayoría de la Sala, en el que pidieron que se enjuiciara al jefe de Gobierno porteño por presunto mal desempeño en Cromañón. Días después se les sumaron legisladores que tenían afinidades con el jefe de Gobierno. El dictamen de la mayoría fue avalado por la Legislatura. Para concretar la suspensión del jefe de Gobierno, la Sala Acusadora debía aceptar el pedido con el voto favorable de los dos tercios de sus miembros –treinta legisladores.

El 30 de octubre, la marcha tuvo características semejantes a las de los últimos meses.

QUINTO MOMENTO: ¿LA COLONIZACIÓN DEL DOLOR?

El dolor no puede autorizar a hacer cualquier cosa

A pesar de que las marchas volvieron a poblarse de grupos diversos, de un modo plural, sin embargo, los hechos dejaron un balance atravesado por dudas.

El 10 de noviembre en la Legislatura porteña se trató la destitución de Ibarra y el juicio político. La deliberación se desarrolló en medio de insultos y salivazos hacia aquellos legisladores que se suponía votarían contra el juicio al jefe porteño; pero el problema se agravó cuando los diputados se aprestaban a votar. “Se decía que había veintinueve votos para la acusación, y fue entonces cuando los familiares comenzaron a presionar para impedir que se votara”, afirmó el vicepresidente primero del cuerpo (opositor al jefe de Gobierno). Surgió entonces una situación confusa. Era la una de la madrugada cuando los familiares supieron que se pasaría a cuarto intermedio. En ese momento, aparecieron diversas posiciones. Un grupo, mayoritario, comenzó una verdadera batalla campal en la que el recinto histórico resultó dañado y cinco policías fueron lesionados; los uniformados en ningún momento reprimieron, sólo contuvieron la furia desatada. En la desmesura se vio operar a personas de civil –mezcladas con familiares y sobrevivien-

tes– que atacaban a la policía y parecían conocer perfectamente cómo utilizar técnicas de lucha cuerpo a cuerpo. Me llamó la atención que por mucho menos que lo ocurrido esa noche, algo más de un año antes, varias personas –entre ellas vendedores ambulantes que transitaban por la calle– que se oponían a la sanción del nuevo Código Contravencional debieron purgar catorce meses en la cárcel. Entretanto, algunos padres sostuvieron que el paso a cuarto intermedio estaba vinculado a negociaciones espurias. Por otra parte, según trascendidos registrados en los periódicos, diversos sectores de los poderes políticos presionaron en uno u otro sentido.

Por su parte, Ibarra afirmó que los opositores “forzaron una ruptura para hacer un golpe institucional”, y cuestionó a un sector de familiares: “El dolor no puede autorizar a hacer cualquier cosa”, aseguró, y reiteró sus cuestionamientos al proceso de juicio político.

Al día siguiente, los padres exigieron que estuviesen presentes todos los legisladores. Según los diarios, Iglesias afirmó en el *hall* central de la Legislatura que si no estaban todos los legisladores de la Sala Acusadora *no iban a permitir la votación*. La autoarrogación de la facultad decisoria –más allá de lo que se piense respecto del juicio político al mandatario– por parte de un grupo de ciudadanos sostenidos en su insondable dolor conformaba una nueva y peligrosa forma de *neodecisionismo* construido a partir de la exigencia de rendición de cuentas.

Finalmente, el lunes 14 de noviembre la Sala Juzgadora volvió a reunirse. Sólo se autorizó la entrada de un grupo de familiares. Los afectados decidieron no ingresar y seguir las deliberaciones desde fuera de la Legislatura. En la calle se distinguían tres grupos claramente diferentes social y políticamente. Todos ellos menguados en número.

Por un lado, portando banderas de izquierda, varias personas se fueron ubicando cerca de un vallado. Otros se movían nerviosos y desordenados, pero su núcleo era el cerco donde una abuela golpeaba incansablemente con una maza contra la reja de hierro, en medio de un calor agobiante. Al pasar escuché cuando un hombre de mediana edad le decía a uno de los muchachos que tenían banderas del Partido Obrero: “Mirá, pibe, yo soy peronista, pero ahora te pido que bajemos las banderas”. La solicitud era conciliadora, no se parecía a la furia desatada por algunos grupos contra la izquierda el 14 de mayo, a pocos metros de allí. Las banderas se mantuvieron. Un tercer grupo se reunió en un bar con aire acondicionado y televisor. Allí, poco después de las cuatro de la tarde, vi entrar al Dr. Iglesias quien, con gesto triunfal, el rostro sonriente y los brazos casi en alto preguntó: “¿Cómo vamos?”. En el bar había una tensa calma; allí se transmitía en directo lo que estaba ocurriendo en la Legislatura. Cuando hablaban diputados que se oponían al juicio a Ibarra, algunos familiares silbaban o protestaban.

Cuando dos de los diputados que se esperaba podrían votar en contra del juicio político fundamentaron por qué lo avalarían, hubo gritos y aplausos. En un momento, entró una dirigente de izquierda y afirmó que podría haber disturbios; nadie le prestó atención.

A las siete de la tarde finalmente se supo que habían logrado los treinta votos necesarios. Yo me había ido poco antes, el cuadro no dejaba dudas acerca de que ya se conocía el desenlace. Supe por los diarios que los familiares estallaron en un grito estremecedor en el que se mezclaban el llanto y la risa. Era un extraño momento. La felicidad no obturaba la pérdida, pero muchos decían que le habían torcido el brazo al poder. ¿Sería cierto? No puedo afirmarlo ni negarlo. Me había retirado poco antes del lugar, con la convicción de que las penosas y absurdas muertes habían sido colonizadas. Todo parecía indicar que si hubo alegría, ella fue ambigua, pues se montaba sobre un duelo no elaborado, y tal vez imposible de resolver. En ella sobrevolaba la presencia insoslayable de la muerte.

En tanto, representantes de organizaciones sociales y de derechos humanos convocaron marchas en apoyo de Ibarra, y publicaron una solicitada firmada por figuras del espectáculo y de la cultura, entre otros. El proceso siguió. Los enfrentamientos verbales continuaron, y culminaron con la destitución del jefe de Gobierno.

La *accountability* social había tenido, al finalizar el año, un confuso desenlace. Desde una perspectiva política, logró suspender y más tarde destituir a un jefe de Gobierno elegido por la ciudadanía de la poderosa Ciudad de Buenos Aires. También posibilitó el triunfo electoral de un candidato de centroderecha que en su campaña hizo eje en *la seguridad*. En lo penal, el 24 de noviembre la Cámara de Casación dictaminó que Chabán debía volver a la cárcel. Al mismo tiempo, el consejero Jorge Casanovas, vinculado al entorno de Blumberg y compañero de ruta de Ruckauf, exigió que los jueces que habían determinado la excarcelación de Chabán y el cambio de calificación de su proceso diesen explicaciones, a fin de resolver si se les iniciaba un juicio político por mal desempeño de sus funciones. Los jueces convocados, como vimos, habían excarcelado invocando las garantías de un debido proceso en el Estado de Derecho, habían rechazado explícitamente la estrategia de “rendición de cuentas” al rehusar la idea de fallar bajo presión social, refutaban la idea de “excepción”, y anteponían la justicia a la venganza. La decisión, desde un punto de vista filosófico, se atenía a la tradición republicana, a las garantías y a los derechos humanos sostenidos por diversas convenciones internacionales. Sustentaba el principio de igualdad ante la ley y la presunción de inocencia hasta no demostrarse lo contrario. Los jueces que subscribían tenían una trayectoria intachable, según lo consignaron personas allegadas a la justicia. Si bien la iniciati-

va de enjuiciarlos no prosperó, ella y la al menos poco oportuna decisión de los dos camaristas colocaron en cuestión una vez más, a nivel público, el valor de los derechos universales y las garantías constitucionales. A pesar de las diferencias, volvía a evidenciarse la lucha por imponer la “mano dura”.

El 30 de noviembre, a once meses de la masacre, la marcha por la justicia y la memoria se constituyó, finalmente, en una convocatoria multisectorial. Incluyó a familiares, agrupaciones estudiantiles, organizaciones de derechos humanos, familiares de crímenes violentos impunes y partidos de izquierda. Dos hechos habían posibilitado la vuelta de la pluralidad a las marchas: el encarcelamiento de Chabán y la confirmación del juicio político a Ibarra. La estrategia de *accountability* iniciada por Juan Carlos Blumberg había cometido errores que la habían hecho fracasar, pero la masacre de Cromañón había logrado unir de algún modo a diversos grupos a quienes la muerte había atravesado. La exigencia de rendición de cuentas aparecía como exitosa, aunque el balance era dudoso. La madeja que se tejía tras los nombres de Chabán, Ibarra y Callejeros seguía oculta.

En el momento en que esto se escribe, hay 21 personas procesadas por la justicia penal: tres empresarios, seis músicos de la banda Callejeros, el *manager* y escenógrafo de la banda, cinco policías y seis ex funcionarios de las áreas de seguridad, habilitaciones y control comunal del Gobierno de la Ciudad. El fiscal pidió la indagatoria de Ibarra, pero el juez no hizo lugar a la solicitud.

Durante el fin de semana de Navidad, familiares y amigos de los sobrevivientes iniciaron una vigilia en un altar que se levantó frente al lugar de la masacre, y que se mantuvo hasta el 30 de diciembre a la noche. Durante esos días se realizaron actos y reclamos por los muertos. En la marcha del 30 de diciembre se modificó el ordenamiento de los cuerpos. Tras una ceremonia en la Catedral Metropolitana, la marcha arrancó de Plaza de Mayo y llegó hasta la Plaza de la Memoria. Una multitud enorme colmaba las calles. Entonces habían vuelto las murgas, los grupos barriales, las asambleas, las agrupaciones estudiantiles, los partidos de izquierda, las organizaciones de trabajadores, las “personas sueltas”, las familias, las agrupaciones religiosas.

Los cánticos y consignas hacían centro en los funcionarios políticos, el gerente-empresario y la justicia. “A los pibes del boliche Cromañón, los mató esa maldita corrupción. Empresarios y políticos también. Por eso yo voy a luchar por esos pibes que no están. Por eso hay que castigar a Ibarra, Kirchner y Chabán”. “Esos pibes, callejeros, esos son los pibes del pueblo. Los corruptos, los coimeros son los de este gobierno. Ay, ay, ay, ay, si no hay justicia la que se va a armar”. Los cánticos poblaban algunos tramos donde la marcha se había transformado en una

protesta opositora al gobierno. En otros sólo se vivía el clima de duelo y llanto; en otros, finalmente, imperaba un profundo espíritu religioso.

Al llegar a la Plaza Once, primero oraron religiosos de diversos credos. “Queremos que los sueños de quienes aquí murieron hace un año no se apaguen. Los sueños de un mundo mejor, de justicia, de verdad, de solidaridad”. Se escuchó. En los rezos predominaban palabras de duelo y apoyo a familiares y sobrevivientes. Pero el centro estuvo en las oraciones referidas a la otra vida. Un religioso musulmán dijo que era necesario no sólo decir “ciento noventa y cuatro veces *presente* por cada chico, sino que pidamos a Dios que esté *presente*”. Las secuencias apuntaban claramente a subsumir la memoria militante que late en la expresión “presente” a la advocación religiosa. En el mismo sentido, una representante de las iglesias cristianas afirmó que era necesario recuperar la palabra “de la esperanza [...] que es la luz de la fe [...] que en las palabras de ustedes es *‘resistiremos’*”. Así, la idea de resistencia militante era traducida en esperanza en Dios. La operación de interpelación ideológica no dejaba de actuar. Finalizada la ceremonia religiosa, un orador sostuvo que “sin reclamo y sin lucha no era posible construir una Nación en la que valga la pena vivir”. “La memoria –dijo– es la principal arma que tenemos para cambiar la realidad, por eso los poderosos prefieren el olvido”. El orador sostuvo que la democracia se había mostrado como imperfecta e injusta, pero que aun así la defendían, fundamentalmente sus mecanismos de control. “En una democracia de verdad, la gente no espera el voto para expresarse, todos tenemos formas participativas para hacernos escuchar, estar aquí en la calle es la forma más conveniente. No huyamos refugiándonos en la lástima [...] Hace unos años los poderosos decían: ‘Son subversivos’. Ahora se trata de ‘golpe institucional’. Siempre se trata de lo mismo, desacreditar y meter miedo”. Los ataques se volcaron hacia el Gobierno de la Ciudad, el nacional y el capitalismo salvaje. Tras sus palabras habló un trabajador de Zanón, quien valorizó el control obrero de las fábricas y la necesidad de luchar contra el sistema de justicia, incluyó la lucha por Cromañón en todas las luchas del pueblo, y la conectó con la de las Madres de Plaza de Mayo. Finalizó reclamando por “una sociedad sin parásitos y sin explotación”. La exigencia de rendición de cuentas mostraba su inocultable equivocidad.

¿CÓMO EXPLICAR LO QUE NOS PASA?

*A los funcionarios sólo les interesa
su situación personal*

En todas las entrevistas efectuadas en las marchas realicé dos preguntas. La primera de ellas era: “¿Cuáles podrían ser las causas o factores

que han producido en Argentina situaciones arbitrarias?”. Las respuestas muestran matices diferenciales que cambian con el tiempo, no obstante la mayoría de ellas en todo el período se centraron en la “culpa” de diversos individuos, particularmente funcionarios políticos y judiciales. En ninguna respuesta se aludió a la trama conformada por empresas *offshore*. Los análisis políticos se ocluyeron, en la mayoría de los relatos, tras el estigma de la culpa moral individual.

En las primeras marchas, los relatos pueden agruparse en varios tipos, que permiten avizorar el grado de comprensión o acercamiento a lo político.

Un *primer tipo* de contestaciones, minoritario, encuadró la situación en el contexto social y político. Así, me decía un hombre de 40 años que era necesario “hablar de un sistema en descomposición [...] un sistema que no está funcionando, un sistema político social [...] que aparentemente marcha en un rumbo bastante desconcertante para todos nosotros [...] como sociedad”.

Un *segundo grupo* de respuestas, mayoritario, no avizoraba relaciones y estrategias políticas y sociales con claridad. Centraba el análisis político en *la culpa*. Aunque esto implicaba *distintas posiciones*.

Una *primera posición dentro del segundo grupo*, encarnada sobre todo en boca de personas de más edad pero no ausente en los más jóvenes, ponía el acento en la ausencia de la moral ciudadana, y en la necesidad de reflexionar y cambiar colectivamente. Esta mirada alude a un *todos* en el que el sujeto que habla se incluye y, por ende, se compromete.

Una *segunda perspectiva dentro del segundo grupo* pone el acento en *algunos*. En esta visión, el sujeto caracteriza a la situación desde una perspectiva moral en la que el que habla no se incluye. La *culpa* se proyecta en otros, que son en general empresarios y funcionarios corruptos. Esta es la respuesta mayoritaria.

Una *tercera visión* –la más frecuente– hace eje en la culpa moral de *un individuo en particular: el jefe de Gobierno porteño*, Aníbal Ibarra.

Finalmente, un *cuarto tipo de respuestas* mostraba no poder entender ni hablar. Lo mismo ocurría en algunas marchas de Blumberg. Este hecho es más frecuente entre los más jóvenes.

V. 23 años: Ehh..., no sé, la verdad no sé qué te puedo llegar a decir, pero *no... no sé, sinceramente no sé*.

Las respuestas parecen sugerir varias posibles conclusiones. En primer lugar, muestran una primera evidencia ya mencionada: aun cuando en la pregunta se evitó la palabra culpa, esta aparece en casi todos los casos. La culpabilización parece ofrecer un imaginario asidero, a la vez que tiende a opacar la percepción política. En segundo lugar, es sugerente

pensar que en los relatos la imputación se dirige fundamentalmente a dos figuras individuales: el jefe de Gobierno porteño y el empresario responsable del lugar. Sobre esa percepción subjetiva se monta la estrategia de *accountability* social. En tercer término, es interesante analizar que algunas respuestas tienen rasgos de autocrítica respecto de la propia responsabilidad, proceso que indica un interesante punto de reflexión en una sociedad desestructurada como la argentina. La cuarta observación que sugieren los relatos es que cuanto más se asciende en la franja etaria mayor parece ser el acercamiento al nivel de reflexión acerca del fenómeno como “social” y “político”, y disminuye la substancialización del proceso en figuras individuales. Todo ello iría cambiando con el tiempo

En el segundo momento, período en el que los familiares exigieron “apoliticidad en las manifestaciones”, los análisis políticos o autocríticos disminuyeron. Por esos días, la reflexión sobre los hechos oscilaba entre dos posiciones. Una sostenía que la justicia llegaría inevitablemente y de cualquier manera. “Al final, aunque cueste, se va a hacer justicia y van a recibir castigo todos, desde Chabán hasta Ibarra, pasando por los inspectores y los policías coimeros”, decía el padre de un joven muerto. La frase parecía más una desesperada expresión de deseos que una decidida forma de pensar el futuro. Otra posición se recluía en el escepticismo. Así hablaba un hombre cuyos nietos fallecieron en la tragedia: “va a ser difícil hacer justicia, porque todo es política y la política está llena de mugre”. La mayoría de los relatos vinculaba los análisis políticos con la culpa moral de individuos, fuesen funcionarios o empresarios.

En el tercer momento, luego de la excarcelación de Chabán, el discurso cambió. Frente a la pregunta respecto de cuáles podrían ser las causas o factores que habían producido este tipo de situaciones en Argentina, las respuestas hicieron centro en *la corrupción del gobierno y la justicia*, a la vez que en ellas aparecían dos sentimientos extremos: la ira o la derrota. Las secuencias en las que la sociedad hacía una autocrítica habían desaparecido.

No obstante, a medida que los familiares aceptaron la presencia de organizaciones sociales y políticas y las marchas se hicieron plurales, el modo de explicar los hechos varió. Algunos familiares que jamás se habían acercado a una marcha miraban entre angustiados y recelosos desde un banco de la Plaza de Mayo los preparativos para recibir a la marcha que se acercaba en la noche del 30 de julio. La posibilidad de transformar la realidad volvió, como una tibia esperanza, en algunas respuestas. En ese sentido, la contestación de la madre de una víctima, una mujer de 45 años, es representativa: “Los papás de Cromañón queremos hacer una línea, y pedimos ayuda al pueblo, que nos unamos y que seamos solidarios para tratar de dar el cambio”. Otro familiar decía:

“Tenemos la posibilidad, si actuamos colectivamente, de que este juicio inaugure una manera diferente de concebir la justicia”.

En lo que respecta a las causas que provocan situaciones trágicas en Argentina, *la mayoría seguía haciendo foco en la culpa moral*, aunque en algunas respuestas se pudo observar *una mayor vinculación de ese juicio con el análisis político*.

V. 28 años: Es una situación de tantos años de descontrol político que cuando ocurren hechos graves como este parece que nadie tiene la culpa. Entonces a mí me parece que hay responsabilidades políticas que se están obviando, más allá de si un pibe tiró una bengala, o Chabán puso una media sombra, fundamentalmente hay un descontrol de la situación política que deja al país en el desgobierno.

No obstante *la mayor parte* de los relatos colocaron el acento en la *responsabilidad moral* individual de gobernantes o de gobernados.

CÓMO CAMBIAR LA REALIDAD

Que se terminen las coimas, las zonas liberadas

La segunda pregunta planteada a los entrevistados era: “¿Cómo podrían evitarse en el futuro situaciones como estas?”. Las respuestas durante todo el período permiten avizorar dos perspectivas, y una tercera caracterizada por la ausencia de representaciones acerca del futuro.

En las primeras marchas, un *primer tipo de relatos*, mayoritario, pone el acento en la necesidad de que “cambie como sociedad”, aunque este *cambio que involucra a todos* es pensado desde distintas perspectivas.

Dentro de esa visión que involucra a *todos*, una *primera representación*, minoritaria, pone el acento en la construcción de redes solidarias en la sociedad civil.

V. 40 años: La gente frente a determinados desastres [...] quiere hacer algo y por eso se organiza en algunas ONG o asociaciones de barrio, ehh, la forma, me parece que hay que empezar por ahí, por el tema de la so-li-da-ri-dad.

Una segunda visión en ese primer grupo de relatos *plantea el cambio que involucra a todos de un modo vago*: el mismo puede radicar en tener capacidad de recapacitar, en educar, estar presente en situaciones públicas.

V. 30 años: *Es empezar a cambiar*, pero no sé si es resolver.

M. 63 años: *Tener presencia*, ni siquiera petitorio, presencia.

M. 54 años: *Educación*, yo creo que hay un paso en la educación que se ha relajado, y es el temor de que una orden sea entendida como en determinadas épocas y eso desvirtuó el concepto de verticalidad, entonces el chico recibe la orden de no tirar bengala y al minuto revienta la bengala.

El último tipo de aseveración es muy frecuente fuera de las marchas, y en personas de todas las edades, aunque predomina en los mayores de 40 años.

Un *segundo tipo de respuestas* plantea el cambio a partir de transformaciones en *algunos* que son responsables. Emerge aquí una visión jerárquica de la sociedad y, por momentos, con matices autoritarios. Se trata de que los *otros* trabajen, o controlen, o que se vayan, o que sean encarcelados, o que eduquen adecuadamente a sus hijos. En estas respuestas el Estado suele aparecer como el responsable que desde “arriba” deberá producir el cambio.

Finalmente, un grupo no puede imaginar el futuro y en él una posibilidad de cambio.

En las respuestas durante este período había pocas menciones respecto de medidas represivas o de crítica al accionar de la justicia, pero eso cambiaría con el correr del tiempo, en particular tras la excarcelación de Chabán. También se advierte que, al ascender en la franja etaria, parece haber un poco más de conciencia del proceso social y político.

En el período en el que se prohibieron todo tipo de manifestaciones “políticas”, las respuestas de los que se manifestaban expresaban decepción o se centraban en la esperanza en una justicia divina.

En un tercer momento, tras la excarcelación de Chabán, la *respuesta más frecuente era la ira*.

M. 26 años: Eeeh..., por empezar no sacándolo [de la cárcel] a este hijo de puta [Chabán] [gritos] Así nos estamos cagando de la risa, se están cagando en todos nosotros, como hacen cada vez que tenemos que ir a declarar que nos hacen esperar horas, nos mandan a médicos que te dicen: “Ah, estás bárbaro” y ni siquiera te miran, o sea es como que no, no les importa una mierda (sobreviviente).

Otros relatos expresaban *decepción, impotencia*.

M. 35 años: Mirá, como están las cosas no sé... creo que no se puede. Mirá, en las marchas somos cada vez menos, los padres están cada vez más separados, hay muchas cosas que dividen a

los padres de los chicos vivos de los padres de los muertos, no sé cuál es la causa, pero están divididos [...] No sé si hay una mano política o qué (Madre de un sobreviviente).

V. 21 años: Para mí no se está haciendo ni se va a hacer nada, porque de vuelta Chabán está en las calles [...] Modificar todas las leyes. Bueno, pero eso no se va a poder (no tiene vínculos con ningún afectado).

Estas respuestas hacían centro en la imposibilidad del cambio, debido a la corrupción de funcionarios, particularmente de la justicia, contrariamente al mensaje algo esperanzado en la posibilidad de cambiar que se escuchaba en las primeras marchas. Al mismo tiempo, era menos visible el sentimiento de culpa y las reflexiones sociales, que sí surgían en ellas. Las respuestas eran también menos claras, la desconfianza había aumentado. La excarcelación de Chabán, vivida como una situación de profunda injusticia, parecía haber incrementado la sensación de indefensión y, con ella, se obturaban las palabras. *Otras* volvían a hacer centro en la *educación*.

M. 19 años: Y sí, para empezar, yo creo que hay que subirle el presupuesto a la educación (no tiene vínculo con ningún afectado).

Sin embargo, *otras* planteaban una posición claramente *confrontativa*:

V.: No quieren entender que les vamos a levantar el Estado y lo vamos a levantar, lo vamos a matar a él [Chabán] y a los que vengan [...] Esto es una guerra y el gobierno la tiene que entender. Van a tener que matar a veinte mil personas para que esto quede tranquilo (Padre de una víctima).

Sin embargo, en la medida en que los familiares consensuaron actividades y aceptaron la presencia de organismos sociales y políticos, las respuestas se transformaron. Entre los asistentes a las marchas creció la idea de que para resolver los problemas era menester *transformar las instituciones*, y eso sólo podría lograrlo la *participación popular*, pero para ello, era preciso *alejarse de la derecha y de la izquierda*.

V. 28 años: Principalmente hay que sanear la política [...] Para eso hace falta que la gente empiece a participar más y tenga conciencia de su responsabilidad política. Si esperamos que la corporación política, sea de derecha o de izquierda, va a traer soluciones, no vamos a lograr nada.

En muchos persistía la idea de la *necesidad del cambio moral, de revalorizar la familia y el trabajo*.

M. 60 años: Que tomen más responsabilidad las madres de esta generación [...] Además le voy a decir una cosa, hay muchos padres que se están beneficiando con esta política [...] Porque, yo soy de Casanova [una zona muy empobrecida del Conurbano bonaerense] y muchos se han comprado coche, se han comprado casa, ¿a usted le parece eso, que con subsidios del gobierno vivan? Entonces es más fácil vivir así que ir a poner el lomo. Yo estoy indignada con las familias, yo nunca le pedí nada al gobierno y veintisiete años fregué pisos para mantener a mis hijos. Y yo crié diez hijos, y los crié bajo una dictadura militar [...] Se ha perdido ¿sabe qué?... se ha perdido a la familia, se ha perdido totalmente el equilibrio de la familia, entonces al perderse el respeto y la familia pasa todo esto. ¿Por qué no quieren laburar? Por esos dichosos planes que tienen, sólo les importa la droga y el vino.

Sin embargo, *en algunos continúa la decepción.*

V. 29 años: Mirá, estamos en la Argentina, es muy difícil que cambien las cosas en este país, la mayoría son corruptos y la minoría contra la mayoría no puede; acá gana la corrupción por goleada.

M. 56 años: Todo depende de la voluntad política de cambiar. Ahora lamentablemente creo que no hay voluntad de hacerlo (Madre de una víctima).

En algunos, por último, la nada:

V. 19 años: Yo... me drogo.